10953

ENRIQUE MAUVARS

LOS TRES ANABAPTISTAS

JUGUETE CÓMICO

en tres actos y en prosa

original de los señores

BISSON y BERR DE TURIQUE

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1906

LOS TRES ANABAPTISTAS

JUGUETE CÓMICO

en tres actos y en prosa

original de los señores

BISSON y BERR DE TURIQUE

TRADUCIDA POR

ENRIQUE MAUVARS

Estrenada en el TEATRO DE LA PRINCESA el 7 de Noviembre de 1905

MADRID

A. VELASCO, IMPRESOR, MARQUÉS DE SANTA ANA, 11

Teléfono número 551

1906

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
SUSANA RADIGUAIS.....	Srta. Moreno.
EL LICENCIADO VIRGINIA COLADEUIL.....	Sra. Rodríguez.
INÉS LEPAILLEUR.....	Srta. Oria.
PAULINA JANIN.....	Sra. Soriano.
CAMILA JANCOURT.....	Srta. Quijada.
PETRA CASSIN	Sra. Camps.
ROSA.....	Gil.
EL LICENCIADO ALICIA.....	Srta. Nalda.
ROBERTO LEPAILLEUR.....	Sr. García Ortega.
ERNESTO RADIGUAIS.....	Torner.
ANATOLIO GUILLEMARD.....	Sepúlveda.
EL LICENCIADO MARTÍN.....	Altarriba.
GILBERTO GONDOIN.....	Catalá.
EL PRESIDENTE MARJOLIN..	López Alonso.
DUMOULÍN.....	Castro.
UN UJIER.....	Lucio.
MAGISTRADO 1.º.....	Redondo.
UN ESPECTADOR.....	Román.
MAGISTRADO 2.º.....	Montenegro.
UN GENDARME.....	Barona.

Público, hombres y mujeres

La escena en París.—Época actual

Derecha é izquierda, las del espectador

ACTO PRIMERO

En el palacio de Justicia, sala de lo criminal. A la izquierda, el Tribunal compuesto del Presidente y dos Magistrados. El Magistrado 2.º ronca ruidosamente de vez en cuando, teniendo que despertarle á cada paso el Presidente. A la izquierda, de cara al público, la mesa del Fiscal. Enfrente del Tribunal, un paso central y á cada lado las mesas para los letrados; estas mesas deberán estar algo sesgadas para que el público pueda ver las personas que en ellas se han de colocar. Detrás del sitio que ocupan los Letrados, una barandilla que los separa del público sentado en bancos. Delante de la mesa del Tribunal y ante los escalones del estrado, la barra en forma semicircular. A la izquierda, primer término, la puerta que conduce á la sala de Abogados; en el fondo, puerta para los Magistrados; á la derecha, primer término, puerta para la entrada del público, y junto á ella un Gendarme; segundo término puerta para la sala de los testigos.

ESCENA PRIMERA

EL PRESIDENTE, LOS MAGISTRADOS, EL UJIER, RADIGUAIS, LEPAILLEUR, EL LICENCIADO MARTÍN, EL LICENCIADO VIRGINIA, PETRA, UN GUARDIA MUNICIPAL y PÚBLICO. Radiguais ocupa el puesto de Fiscal; Lepailleur sentado cerca de su abogado Martín; Virginia, abogada, cincuenta años, con toga y birrete, estudia un expediente. Cuando se levanta el telón, Petra, joven, guapa y elegante, está de pie ante la barra. El Presidente lee una sentencia

PRES. El Tribunal, previa deliberación conforme á lo que la ley dispone: Considerando que en el servicio de teléfonos el Estado disfruta de todos los derechos y á los abonados

25930

incumben todos los deberes; que el servicio telefónico es una función pública y que las señoritas que tienen por misión la de dar algunas veces las comunicaciones, negarlas con bastante frecuencia y cortarlas siempre con inoportunidad manifiesta, son nombradas por el Estado que satisface los sueldos que disfrutan, y gozan por tanto de la consideración y preeminencias de funcionarios públicos.—Considerando que todos los contribuyentes deben tener como norma de su conducta, el más profundo respeto á los funcionarios públicos, y que toda falta que en esta materia se cometa debe castigarse con la mayor severidad. — Considerando que en la mañana del día dieciocho de Marzo de mil novecientos cuatro, la señorita Petra Cassin, artista lírica, solicitó reiteradamente la comunicación telefónica á la que, como abonada, parecía tener derecho. —Considerando que la señorita Irma Gambon, empleada en la Central telefónica, cansada de las repetidas llamadas de la señorita Petra Cassin, la contestó al cabo de veinticinco minutos: «¿Pero qué demonios le ocurre á usted? ¿No podría usted dejarme concluir tranquilamente mi cuadro?» Resulta, en efecto, de la declaración de la Inspectora de la oficina telefónica, que la señorita Irma estaba terminando un paisaje titulado: «Atardecer de Otoño á orillas del Sena», cuyo cuadro tenía que presentar en la exposición de pinturas que se inauguraba á los pocos días.—Considerando que la señorita Petra Cassin, no mostrándose convencida con este argumento artístico, contestó á la señorita Irma Gambon bautizándola con el nombre de un animal, al que si bien se encomia y enaltece por la dulzura y mansedumbre de su carácter, en cambio goza fama de ininteligencia y estupidez absolutas.—Considerando que este calificativo vulgar y malsonante se le podría, en rigor, disculpar á la acusada, dada la exci-

RBC

tación nerviosa que el incidente le produjo, si lo hubiese aplicado á una persona cualquiera; pero habiéndolo dirigido á un funcionario público constituye una injuria evidente y palmaria, que redunda en desprestigio del Estado mismo. Por todo lo que antecede y visto el artículo 224 del Código penal: Fallamos que debemos condenar y condenamos á la señorita Petra Cassin, artista lírica, como culpable del delito de ofensa á un funcionario público, á un mes de prisión, doscientos francos de multa y pago de costas.

ESP. ¡Aprieta!

PRES. (Siguiendo la lectura.) Declaro, además, aplicable al presente caso la ley de Sobreseimientos. (A Petra.) ¿Ha entendido usted, señora? El Tribunal la condena á un mes de prisión y á la multa de doscientos francos.

PETRA Sí; ya lo he oído, pero... ¿No cree usted que la sentencia es un poco fuerte?

PRES. No, porque si de aquí á cinco años no reincide usted, no pagará la multa ni irá á la cárcel. Todo depende de usted, tenga usted calma, domine sus nervios...

PETRA Haré otra cosa más sencilla...

PRES. ¿El qué?

PETRA Quitar el teléfono.

PRES. Tiene usted razón, eso es lo más práctico. Puede usted retirarse. (Petra sale por la derecha. Al pasar cerca de Lepailleur se le cae la sombrilla, que éste, precipitadamente, recoge y se la entrega.)

ROB. Tome usted, señora.

PETRA (Sonriendo.) ¡Mil gracias!

ROB. (Acompañándola hasta la puerta, le dice en voz baja.) ¡Qué condena más injusta!

PETRA (Bajo también.) Qué tribunal, ¿verdad?

ROB. (Bajo.) Son unos burros. ¡Cuando se tiene una cara tan bonita!...

L. MAR. (Llamándole en voz baja:) ¡Pst!... ¡Pst!... ¡Lepailleur!... ¡No se marche usted!

ROB. Voy en seguida. (Saludando á Petra.) ¡Señorita!... (Petra sale por la derecha; Lepailleur vuelve á su sitio.)

L. MAR. (En voz baja.) Ahora nos toca á nosotros.

ROB. ¡Qué bonita es! Una actriz; ¿de qué teatro?

L. MAR. No sé.

ROB. ¡Qué ojos!... ¡Verdes!.. ¡Con reflejos metálicos!... ¡Magníficos!...

Verdes los tienen las náyades,
verdes los tuvo Minerva...

Pero, hombre, ¿no se ha fijado usted en esos ojos?

PRES. (Después de mirar unos papeles y de hablar con los Magistrados.) ¡Ujier! Llame usted. ¡Vamos, vamos! (Bajo á Magistrado 1.º) ¡Ya son las tres y cuarto!

MAG. 1.º (En voz baja.) ¿Le espera á usted Charito?

PRES. (En voz baja.) Sí, á las cinco.

MAG. 1.º (Idem.) No le gusta esperar, ¿verdad?

ESCENA II

DICHOS, menos PETRA

UGIER (Llamando.) ¡Morel, contra Morel y Lepailleur!

PRES. (Consultando sus papeles.) Morel contra Morel y Lepailleur... Adulterio... Eso es... sí... ¿Flagrante delito? Vamos, vamos. (A Lepailleur que se adelanta á la barra.) ¿Es usted quién se ha querellado contra la señora de Morel?

ROB. Si hiciera eso sería el mayor de los ingratos, señor Presidente.

PRES. ¿Cómo?

ROB. No soy el marido... Soy Lepailleur, el adúltero...

PRES. ¡Ah! No le toca á usted comparecer ahora. Puede sentarse.

ROB. A sus órdenes, señor Presidente. (Se sienta.)

PRES. Y su cómplice, la señora Morel, ¿no ha venido?

L. VIR. (Levantándose.) Yo, señor Presidente, defiendo á la señora de Morel.

PRES. ¡Ah! Muy bien, señor Letrado. (Bajo á Magistrado 1.º) Virginia Coladeuil, el decano de las abogadas.

MAG. 1.º (Al Presidente, bajo.) ¡Charlatana!

L. VIR. La señora de Morel debía haber llegado á las dos en punto... Me extraña que no se encuentre aquí... Suele ser muy puntual.

PRES. (A Lepailleur que habla á media voz con el licenciado Martín.) ¿Qué dice usted, Lepailleur?

ROB. Nada importante, señor Presidente; decía á mi Letrado que Pepita... que la señora de Morel es de una exactitud cronométrica, y que en los dos meses que hemos tenido relaciones...

PRES. Esos detalles no nos interesan.

ROB. Contestaba tan sólo á su pregunta, señor Presidente. (Se sienta.)

PRES. (Llamando.) ¡La señora de Morel! (Al Ujier.) ¿Está usted seguro de que ha recibido la citación?

L. VIR. Y le ha llegado al alma, señor Presidente. Pienso demostrar fundadísimamente al Tribunal, que su marido, el señor Morel, no tiene perdón de Dios empleando contra su esposa, cuya falta es disculpable...

PRES. Pero...

L. VIR. (Con fuerza.) ¡Sí, discupable, lo repito!

PRES. Dentro de un rato hablará usted.

L. VIR. Sí; informaré con toda mi alma, con toda mi energía, con...

PRES. Con todo lo que usted quiera; pero ahora, no; cuando le llegue su turno. (Al Ujier.) ¿Y Morel, el querellante, ha venido?

UJIER (Llamando.) ¡Morel ¡Morel!

PRES. ¡Cómo! ¿Después de molestarnos no se digna acudir? Empezaremos sin él. Póngase en pie, Lepailleur. (Consultando los papeles, mientras habla. Lepailleur se acerca á la barra.) ¿Se llama usted Roberto Lapailleur, natural de París? ¿Nació usted el 19 de Octubre de 1872? ¿Casado? ¿Sin hijos? ¿No ejerce usted profesión alguna? ¿Ha sido usted condenado alguna vez?

ROB. Nunca.

PRES ¿Confiesa usted haber cometido el delito de adulterio con la señora de Morel, que habita en París, calle de la Paz, número ochenta y dos?

ROB. (Con energía.) Señor Presidente, declaro, que en este asunto, toda la culpa es mía y que soy el único culpable.

PRES ¿El único culpable?

ROB. Sí; señor Presidente.

PRES. Vamos. Piense usted lo que dice. ¿Cómo va usted á cometer un adulterio usted sólo?

ROB. Un caballero no consiente que acusen á una débil mujer.

PRES. Esa delicadeza le honra; pero es absurda en este caso. Siéntese usted. (Lepailleur vuelve á sentarse cerca de su abogado.) Tiene la palabra la defensa de la acusada y el tribunal le ruega reduzca su informe en lo posible; tenemos muchos asuntos que ver hoy, y este no es de una importancia...

L. VIR. (Levantándose de un salto, poseída de la mayor indignación.) ¡Que no tiene importancia!

PRES. Quiero decir...

L. VIR. ¡Que este asunto no tiene importancia! ¡Cómo es posible que se hayan pronunciado esas palabras! ¡Tratándose del honor de una infeliz mujer, de su vida truncada, de su amor menospreciado de su pudor ofendido, de un corazón palpitante que se arroja al público para que le sirva de escarnio y de burla!... ¿Esto no es importante? ¡Ah, señores!..

PRES. (Con impaciencia.) Pero no es.... no ha sido mi intención...

L. VIR. (Con voz doliente y apagada.) Un terrible malestar me oprime, me aniquila, me impide ocultaros la emoción que experimento, al escuchar de labios tan autorizados y respetables la apreciación que acabais de oir.

PRES Yo no he dicho...

L. VIR. Y que me hace sospechar, señores, el resultado de este debate estéril y la suerte reservada á mi desgraciada cliente... Y como mi voluntad desmaya, y veo que los esfuerzos de mi palabra serían insuficientes para alterar el curso de los acontecimientos, siéntome, resignada, y me limito á protestar con la muda protesta del silencio. (Se deja caer en el asiento sin fuerza ni voz.)

MAG. 1.º (Bajo, al Presidente.) ¡Qué suerte!

PRES. (Bajo.) ¡De buena hemos escapado! (Alto.) Visto y para sentencia.

L. VIR. (Levantándose de un salto, indignadísima y sofocada.) Pues bien... Sí; ¡hablaré!

PRES. Pasó la ocasión, señor Letrado.

L. VIR. Hablaré y me escucharéis todos, señores. Sí... me escucharéis, estoy segura, (con lágrimas en la voz) porque sois fuertes, y yo débil; sois jueces y yo represento á la acusada; sois hombres y yo una pobre mujer.

MAG. 1.º (Bajo, al Presidente.) ¡Resignémonos!

PRES. (Bajo.) ¡Farsante!

L. VIR. (Muy serena y hasta sonriente.) Señores: Todo era prosperidad y bienestar en Francia durante el siglo XVII cuando en derredor del glorioso Luis XIV se agrupaban los sabios más ilustres y los genios que brillaban con eternos resplandores.

MAG. 1.º (Bajo, al Presidente.) Luis XIV. Esto promete.

L. VIR. Entre aquellos hombres eminentes, se contaba Lafontaine, el más tierno y delicado de todos, quien, en una de sus fábulas inmortales, escribió...

PRES. Señor Letrado, al asunto.

L. VIR. De él trato, señor Presidente.

PRES. ¡Si está usted en el siglo XVII! ¡A los hechos de autos!

L. VIR. ¿El señor Presidente tiene prisa? (Sale el Ujier.)

PRES. Ya le he dicho que Charito... (Corrigiéndose á sí mismo.) ya le he dicho que hay muchos asuntos al despacho.

L. VIR. (Con tono amargo.) ¡Sea! Conste que la defensa se ve cohibida y no puede desarrollar todos sus argumentos. Suprimiré la mitad de mi discurso. (Hojea sus papeles.)

MAG. 1.º (Bajo.) Algo vamos ganando.

L. VIR. ¡Señores! La condición de la mujer en el siglo XVIII...

PRES. No estamos en el siglo XVIII, estamos en 1904. Hable la defensa de lo que ha ocurrido en 1904 entre la señora de Morel y su amante el señor Lepailleur.

L. VIR. (Volviendo algunas cuartillas de sus apuntes.) No se

me deja hablar... ¡Me resigno! ¿Queréis que os cuente qué hicimos con nuestro amante? Lo imaginaréis sin esfuerzo. (En tono declamatorio.) Rompimos el odioso pacto que nos ligaba á un hombre aborrecible incapaz de comprendernos, para escuchar la voz eterna de la madre naturaleza. Jóvenes y hermosos, obedecimos las imperiosas leyes de la belleza y de la juventud; nuestras almas sedientas de amor, se confundieron; nuestros corazones latieron el uno junto al otro y enarbolamos la gloriosa bandera de las reivindicaciones femeninas.

UNO DEL PÚBLICO ¡Bravo!

L. VIR. Una tarde, hace dos meses, acababan de dar las cinco en el reloj que nos tasaba el plazo de nuestras venturas; nos hallábamos en nuestro nido de amor, mirándonos en los ojos del hombre amado, en uno de esos instantes de embriagadora dicha... (Entra el Ujier.)

PRES. Menos colorido en las descripciones, señor Letrado, hay caballeros aquí.

L. VIR. Debo, sin embargo, poner en antecedentes al tribunal... De repente, llaman á la puerta, y una voz... (Al Ujier que le habla en voz baja.) ¿Qué? ¿qué dice usted? ¡Ah! ¡Sí! Señor Presidente, la señora de Morel, mi cliente, me pide que acuda al teléfono porque tiene que decirme una cosa de la mayor urgencia... ¿Me permite el Tribunal que oiga sus declaraciones?

PRES. El Tribunal accede gustoso á tan justa pretensión. Se suspende este acto por quince minutos.

L. VIR. Doy al Tribunal las gracias más expresivas. (Sale por la izquierda.)

PRES. (Bajo, al Magistrado 1.º) Voy á poner dos letras á Charito.

MAG. 1.º (Idem.) Es lo mejor. (Presidente, Fiscal y Magistrado 1.º se levantan para salir por la puerta del fondo. Cuando ya se marchan de escena, recuerda el Presidente que el Magistrado 2.º se quedó durmiendo y roncando, y vuelve para despertarle. Mientras tanto el público vase primera derecha.)

L. MAR. (A Lepailleur.) ¿Vamos á fumar un pitillo?

ROB. Tengo que hablar un momento con el Fiscal. (Entra Gilberto por la derecha.)

ESCENA III

RADIGUAIS, LEPAILLEVR, MARTÍN, GILBERTO

GIL. (Al ver á Radiguais.) Ahí está. (Cuando Radiguais va á salir detrás del Tribunal, se dirigen hacia él Lepailleur y Gilberto.)

ROB. / GIL. (A un tiempo.) ¡Radiguais!

ERN. (Volviéndose al ver á Gilberto que es el que está más próximo á él.) ¡Gilberto! ¿Tú en París? (A Lepailleur.) Perdone usted un momento.

ROB. Con mucho gusto. (Se acerca á Martín y hablan.)

GIL. ¿No me esperabas?

ERN. No. ¿Cómo por aquí?

GIL. Estoy de paso para Madrid y venía en tu busca, porque tengo que pedirte un favor.

ERN. Que te haré con mil amores si está en mi mano.

GIL. Ya contaba yo contigo.

ERN. Como siempre, yo no varío. No se olvida fácilmente á un amigo con quien se ha vivido cerca de diez años.

GIL. ¿Y Anatolio? ¿Te acuerdas de él? Nos llamaban los tres anabaptistas, porque íbamos siempre juntos, como los de *El Profeta.*

ERN. ¡Siempre juntos! Teníamos comunidad de bienes, de ideas...

GIL. De novias...

ERN. Y de pronto se disuelve la asociación; tú te vas á Estokolmo, como agregado diplomático; Anatolio se marcha á Túnez...

GIL. Y tú te quedas solo en París.

ERN. La verdad es que bien pudieras haberme escrito de vez en cuándo.

GIL. Tienes razón; pero ya sabes lo que pasa; tantas cosas tiene uno que contar, que siempre lo deja para mañana, luego pasan los

meses, los años, y ya no tiene uno nada que decirse.

ERN. Tienes razón.

GIL. ¿A que Anatolio tan poco te ha escrito?

ERN. ¡Anatolio! Ni siquiera sé dónde vive. ¿Y qué quieres de mí?

GIL. Pues, mira. Quisiera obtener mi traslado.

ERN. ¿No te gustan ya las suecas?

GIL. Deseo ir á Madrid.

ERN. ¡Desde el helado hasta el ardiente polo!

GIL. Me caso con una española, y sus padres prefieren que viva á su lado.

ERN. Lo encuentro muy natural; pero, ¿en qué puedo servirte?

GIL. Verás. Cuando supe tu nombramiento de abogado fiscal en París, supuse que tendrías un magnífico protector.

ERN. ¿Y mis méritos?

GIL. Te servirán para justificar más tarde el favor de que has sido objeto; pero, el bendito nombramiento, ¿á quién se lo debes? A un personaje que te protege. Y, ¿no podrías conseguir que se interesara por mí?

ERN. Sí, hombre, sí. Precisamente mi mujer es sobrina del Subsecretario de Estado.

GIL. ¡Del Subsecretario nada menos!

ERN. Nada menos.

GIL. Pero, hombre, qué bien has hecho en casarte con ella. Del Subsecretario depende mi porvenir, mi felicidad, mi vida... Hace un guiño y los agregados diplomáticos nos lanzamos desde Constantinopla á Nueva York, desde México á San Petersburgo; ¡lo que nos hace danzar! Y, ¿no tendrá inconveniente tu mujer en pedir á su tío?...

ERN. No tengas cuidado.

GIL. ¡Eres mi padre!

ERN. Vente á comer conmigo esta noche; te presentaré á mi mujer.

GIL. Chico, no puedo. Salgo dentro de un rato en el sur-expreso; me esperan allá. Pero te prometo que la primera visita que haga á mi regreso, será para ella. Ea, me marcho, y muchísimas gracias.

ERN. No vale la pena. ¡Hasta la vuelta! (Sale Gilberto por la derecha. Al ver que se marcha se acerca Lepailleur al Fiscal. El Licenciado Martín sale por la segunda derecha.)

ESCENA IV

ERNESTO RADIGUAIS, ROBERTO LEPAILLEUR; después el UJIER

ROB. Llegó mi turno. ¿No le molesto á usted?

ERN. (Un poco frío.) No señor; pero si tiene usted algo que decirme, hágalo pronto, porque...

ROB. (Riéndose.) Cómo se conoce que está usted en el ejercicio de su divino papel.

ERN ¡Hombre! Soy el fiscal y usted el acusado; dentro de poco tendré que informar contra usted, y...

ROB. Pues informa usted, y en paz. Por eso no hemos de dejar de ser amigos. Supongo que no pedirá usted que me ahorquen...

ERN. No; cincuenta francos de multa. Si va su asunto de usted á otra sala de lo criminal le hubiera costado el doble; pero nosotros solo aplicamos cincuenta; es nuestra tarifa para los adulterios.

ROB. Me parece muy módica: reincidiré. ¿No se cebará usted mucho en este criminal?

ERN. (Riendo.) Lo absolutamente indispensable. ¿Y cómo se dejó usted pescar?

ROB. ¿Qué quiere usted? La señora de Morel es una rubita monísima; siento que no haya venido para que la hubiera visto. Está casada con un joyero á quien yo debía unos francos...

ERN. Tiene usted un modo de saldar sus deudas...

ROB. Perdone usted, antes pagué la cuenta al marido.

ERN. ¿Y su señora de usted no sospecha?...

ROB. Nada. Mi mujer no sabe nada... ¡Pobrecita! Si supiese que tengo una causa..

ERN. Es digna de tener un marido mejor que usted.

ROB. Le doy á usted mi palabra de que no hay

en París un hombre que quiera á su mujer más que yo á la mía. Tampoco hay otro que la engañe tantas veces. Esto es raro, ¿verdad? En fin, hablemos de otra cosa. ¿Qué es de su vida? No se le vé por el Casino.

ERN. Mi nombramiento de abogado fiscal me ha hecho andar de cabeza... La semana que viene volveré por allá.

ROB. Me alegro mucho. No olvide usted que me debe el desquite de los ochocientos francos que me ganó el mes pasado.

ERN. (Riendo.) Sí. Mala suerte tuvo usted. (El Ujier entra por el foro.)

UJIER El señor Presidente desea hablar con el señor Fiscal.

ERN. Voy en seguida. (A Lepailleur.) Con su permiso. (Sale.)

ROB. No faltaba más. Hasta luego. (Se dirige á la puerta de los abogados, y el Ujier le dice:)

UJIER No, por ahí no. Usted no puede entrar en la sala de los letrados. Pase usted por aquí, á la de los testigos.

ROB. Donde usted quiera. (Vase.)

UJIER ¡Pues no tarda poco en hablar por teléfono la señora abogada! (Al ver entrar á Inés y Susana.) ¡Uy, qué mujeres!

ESCENA V

UJIER, SUSANA, INÉS

SUS. ¿Me hace usted el favor?

UJIER ¿Qué desea usted?

SUS. ¿El asunto Lepailleur, se ve en esta sala?

UJIER Sí, señora.

INÉS (Con viveza.) ¿Se ha terminado ya el juicio?

UJIER Todavía no. Se ha suspendido la sesión por un cuarto de hora; pronto se reanudará.

INÉS Muchas gracias. (A Susana.) Llegamos á tiempo.

SUS. ¿Podría ver al señor Radiguais?

UJIER Ahora, no. Acaba de llamarle el señor Presidente.

SUS. Soy su señora.

UJIER (Saludando.) ¡Ah! Entonces voy á avisarle. (Vase primera izquierda.)

INÉS ¡Qué buena eres, y cuánto te agradezco el interés que te tomas por mí!

SUS. Pues no faltaba más. Las mujeres debemos ayudarnos siempre. Y luego, que no se me ha olvidado nuestra amistad del convento. Lo único que no te perdono es que no hayas venido á buscarme antes.

INÉS ¡Si hasta anteayer no he sabido la traición y el proceso de mi marido!

SUS. ¿Quién te informó?

INÉS Una excelente amiga.

SUS. Pero, ¿tú nada sospechabas?

INÉS (Emocionada.) Absolutamente nada; quiero tanto á Roberto... Es tan bueno, tan cariñoso... ¿Cómo imaginar?...

SUS. ¡Pobre Inés!

INÉS ¡Ademas, nos hemos casado tan solo hace tres años! ¡Tres años! ¡Y me adoraba! Salí del convento para casarme con él. Mejor hubiera hecho en quedarme allí y en profesar, como me lo aconsejaban las madres.

SUS. ¡No faltaba otra cosa!

INÉS Ayer, en cuanto supe la traición de mi marido, me fuí desesperada á casa de Paulina para pedirle consejo, y ella fué quien me dijo que acudiese á tí, porque tu marido acababa de ser nombrado Fiscal.

SUS. ¡Si me lo hubieras dicho ayer siquiera!

INÉS No me atreví. Hacía tanto tiempo que no nos veíamos, y tenía la esperanza de que Roberto me diría algo, me confesaría su crimen, me pediría perdón, Pero nada, ni una palabra. Durante el almuerzo, ha estado alegre, decidor, cariñoso, como siempre. ¡Hipócrita! Entonces me decidí de golpe sin pensarlo más. Yo me tengo que decidir siempre de golpe, porque si reflexiono...

SUS. (Riendo.) No te decidirías nunca...

INÉS Me he metido en un coche y he ido á buscarte.

SUS. Bien hecho

INÉS ¡Monstruo! ¡Miserable! ¡Embustero!

SUS. ¡Vamos, cálmate! Serás vengada, te lo prometo. Eso es lo que deseas, ¿verdad? ¡vengarte!

INÉS ¡Sí, sí! ¿Crees que tu marido?...

SUS. Mi marido hará lo que yo le pida. ¡Voy á decirle el cariño que te profeso, el interés que me inspiras, y le exigiré que pronuncie una acusación enérgica, severa, implacable!...

INÉS ¡Oh, gracias, gracias!

SUS. Y con objeto de que no me engañe le añadiré que me quedo á escuchar su discurso, para oir de su boca las frases vengadoras que le habrá de inspirar su indignación de marido fiel é intachable.

INÉS ¡Muy bien!

SUS. Le diré ádemás que la dureza de sus palabras será la mejor prueba de su amor por mí...

INÉS ¡Oh, sí!...

SUS. ¡Y que no le perdonaría una benevolencia que á mis ojos equivale á complicidad!

INÉS ¿Entonces va á estar atroz con Roberto?...

SUS. Tengo la evidencia...

INÉS ¿Y le meterán en la cárcel?

SUS. Positivamente.

INÉS ¡Qué buena eres!

SUS. Tú si que eres demasiado buena; incapaz de dar un mal rato á nadie, ni siquiera á tu marido. Por eso no le sabes guardar...

INÉS Sin embargo...

SUS. (En tono doctoral.) Créeme á mí. Tengo experiencia de la vida, y si Ernesto me quiere como el primer día, es porque me teme un poquito. Le guío con mano suave, pero firme y...

INÉS ¡Me causas admiración!

SUS. Tengo la certidumbre de que la infidelidad del hombre se debe en la mayor parte de los casos á torpeza de la mujer.

INÉS (Muy triste.) Entonces... ¿he sido torpe?

SUS. Sin saberlo, querida mía; pero casi siempre la mujer no toma el buen camino y todo estriba en eso: en escoger el buen camino.

INÉS ¿Y tú sabes?...

SUS. (Con mucha confianza en sí misma.) Sí.

INÉS ¡Qué suerte tienes!

SUS. Nos veremos á menudo, y si necesitas consejos, te los daré con mucho gusto.

INÉS (Agradecida.) ¡Oh, sí!...

UJIER (Saliendo.) El señor fiscal espera á la señora.

SUS. Vamos allá.

UJIER Señora, por aquí.

INÉS Y que no se te olvide que le metan en la cárcel por mucho tiempo.

SUS. Confía en mí. (Vase derecha con el Ujier.)

ESCENA VI

INÉS; después ROBERTO LEPAILLEUR

INÉS Le va á llegar su turno; ahora sufrirá. Esta idea me consuela. ¡Miserable! Quisiera que le trajeran ante el tribunal entre dos guardias con las manos cargadas de cadenas, una cuerda atada al cuello y en camisa... No, en camisa no estaría bien...

ROB. (Entra por la primera puerta izquierda.) ¡Qué mal huele en la sala de testigos! (Ve á Inés que está vuelta de espaldas.) ¡Bonita mujer! ¡Qué cuerpo! ¡qué elegancia!... (Inés se vuelve.) ¡Inés! (Reconociéndola.)

INÉS Aparte.) ¡El! (Alto y haciéndose la sorprendida.) ¡Roberto!...

ROB. (Desconcertado.) ¡Sabrá...! (En voz alta.) ¡Tú!...

INÉS (Con animación.) ¡Sí, y en todo pensaba menos en encontrarte en este sitio!

ROB. ¡Ah! ¿no creías que estuviese aquí? (Bajo.) No sabe nada.

INÉS Verás. Se me ocurrió ir á ver á Paulina en ocasión en que salía con unas amigas con objeto de visitar monumentos..

ROB. (Extrañado.) ¿Monumentos?...

INÉS Sí, esas señoras van todos los jueves á visitar museos, palacios, iglesias...

ROB. ¡Ah! (Mirando á las puertas con inquietud.)

INÉS ¿No has reparado en que los que vivimos

en París desconocemos completamente sus bellezas? Parece imposible, ¿verdad? Solo los forasteros lo visitan todo, van á todas partes...

ROB. Sí, tienes razon; pero...

INÉS Estoy segura de que no has estado nunca en el Museo del Louvre.

ROB. Sí, alguna vez; pero...

INÉS ¿Y en el de Cluny? ¡Una verdadera maravilla!... Iremos juntos un día. De allí venimos...

ROB. ¡Ah! vienen ustedes de...

INÉS Y ahora visitábamos el Palacio de Justicia.

ROB. De modo que están ustedes viendo...

INÉS ¡Es magnífico! ¡Grandioso!... Pero tú, ¿qué haces aquí?

ROB. ¿Que... qué hago aquí?

INÉS Sí.

ROB. (Señalando la puerta de la sala de testigos.) Estaba en la sala de testigos.

INÉS ¿Qué hacías ahí dentro? ¿Supongo que no serás testigo?

ROB. Sí que lo soy.

INÉS ¿Tú?

ROB. ¿No te digo que estaba en la sala de testigos? Buena prueba de que lo soy.

INÉS ¿No es divertido, verdad?

ROB. Te aseguro que no, me aburría de muerte, y huele tan mal...

INÉS ¿Por qué no me lo has dicho?

ROB. ¿El qué? ¿que huele mal?

INÉS No. Que eras testigo.

ROB. ¿Para qué? Se trataba de una cosa desagradable y...

INÉS ¿En qué asunto tienes que declarar?

ROB. Un asunto muy feo.

INÉS ¡Ah!

ROB. ¡Inmoral!

INÉS Lo supongo.

ROB. Un hombre que ha abusado de una pobre anciana de noventa y cinco años de edad.

INÉS ¡Qué horror!

ROB. ¡Y qué circunstancias tan terribles rodean este delito! Tan subidas de color son que el

Presidente ha hecho salir al público, y ya ves que no hay nadie. Esto se llama ver un asunto á puerta cerrada.

INÉS Ni siquiera está el Tribunal.

ROB. Ya ves tú si la cosa será grave, cuando ni el mismo Tribunal...

INÉS ¿Y conoces tú al delincuente?

ROB. Sí, es un amigo del Casino. Ella pidió que viniese á declarar en su favor y no pude negarme.

ESCENA VII

ROBERTO LEPAILLEUR, INÉS, LICENCIADO MARTÍN, después VIRGINIA y el LICENCIADO ALICIA

L. MAR. (Entrando por el fondo.) Una palabra, mi querido cliente, perdone usted. (Saludando á Inés.) ¡Señora!...

ROB. ¡Mi mujer! ¡El señor Martín!

INÉS Mucho gusto... ¿Mi marido es cliente de usted? (A Lepailleur.) ¿Tienes algún proceso?

ROB. (Riendo.) No, de ningún modo. Tuve uno hace tiempo, cuatro ó cinco años. Me defendió el señor y desde entonces siempre me llama su cliente.

INÉS ¿Informa usted en esta causa que se ve á puerta cerrada?

L. MAR. ¿A puerta cerrada?

INÉS Sí, esa de la violación.

L. MAR. ¿La violación?

ROB. No insistas, Inés. El señor Martín es la discreción andando y no te dirá nada más sino que tu sitio no es este: (A Martín.) ¿verdad?

L. MAR. Exacto.

ROB. Ya lo oyes, y el señor Martín es incapaz de decir una cosa por otra.

INÉS Bueno, me marcho. Esas señoras me estarán esperando, tenemos que ver todo el palacio. ¡Anda, vente con nosotras!

ROB. Lo siento; pero es imposible.

INÉS (Mirándole fijamente.) ¿De veras no puedes?

L. MAR. En este momento, no. La vista...

ROB. (Señalándose á los ojos.) Sí, la vista, la tengo mal...

INÉS Vaya, no insisto. (Saluda á Martín. A Lepailleur.) Hasta luego. (Aparte.) Si no duermes en la cárcel... (Vase por la primera derecha.)

ROB. ¡Por fin!... ¡Se marchó!. Temí que se quedase y oyera cómo me condenaban por adulterio. ¡Hubiera estado bueno!

L. MAR. ¿No sabe nada?

ROB. Ni una palabra. Ya ha visto usted que estaba yo sobre ascuas. Una frase imprudente, cualquier detalle podía enterarla y estaba perdido. ¡Por fortuna ha tenido usted un tacto!...

L. MAR. ¡La práctica!... En fin, vamos adentro, quiero que nos pongamos de acuerdo por si el Tribunal..

L. VIR. (Entrando deprisa.) ¿No se ha reanudado la vista?

L. MAR. Sin duda le esperan á usted, mi querido compañero. Voy á avisar al Ujier...

L. VIR. Se lo agradezco infinito, compañero.

L. AL. (Entra por la izquierda; es una muchacha joven, muy bonita, vestida con la toga y el birrete.) ¡Ah! ¡Mi tía!..

L. VIR. (Con mucha severidad.) ¿Cómo no has venido antes?

ROB. (A Martín.) ¡Vaya un primor de abogado!... De buena gana le encomendaba mi asunto.

L. MAR. Vamos, Lepailleur, un poco de formalidad, le van á condenar á usted dentro de poco y todavía tiene ganas de broma...

ROB. ¡Es encantadora!

L. MAR. Vamos, vamos, venga usted. (Le coge de un brazo y le lleva adentro, por la segunda derecha.)

ESCENA VIII

VIRGINIA y ALICIA

L. VIR. (Con ironía.) ¡Ah! ¿Me buscabas? Bien sabías, sin embargo, que estaba aquí. ¿Dónde has estado, Alicia?

L. AL. ¡Pero tía!...

L. VIR. En la sala de abogados, probablemente; coqueteando con los muchachos...

L. AL. Le juro á usted...

L. VIR. Ten cuidado, Alicia. Si te he admitido como pasante, no ha sido para que te pierdas por todos los rincones con los pinches de las Relatorías...

L. AL. ¡Tía, por Dios!...

L. VIR. ¡Calla!... Bien te ví ayer ..

L. AL. (Interrumpiendo.) Me estaban dando una notificación.

L. VIR. ¿A eso le llamas tú notificación? Alicia, ten cuidado, no olvides lo que te he repetido tantas veces: ¡todos los hombres son unos miserables!... ¡Todos!... ¡Desconfía del amor, hija mía, guíate de mis consejos!...

L. AL. ¡Sí, tía!

L. VIR. Bueno. Ahora, vete á ver al Presidente Ravenel.

L. AL. ¿A la sala de divorcios?

L. VIR. Sí. Ruégale encarecidamente que suspenda otra vez por quince días el asunto Gibory.

L. AL. No me hace gracia ir á pedir favores al señor Ravenel. ¡Es un viejo verde!...

L. VIR. Necesito que prorrogue esa vista. No estoy preparada.

L. AL. ¿Y si se propasa?

L. VIR. ¡Qué se ha de propasar, á sus años!...

L. AL. ¡Sin embargo!...

L. VIR. Le mandas á paseo. ¡Anda, vé! (Vase Alicia foro.) ¡Ah! ¡Qué hombres!.. ¡Todos iguales!.. ¡Viejos, jóvenes, siempre lo mismo!... ¡Raza de bandidos!...

ESCENA IX

VIRGINIA, PAULINA y CAMILA

PAUL. (Entra por la derecha con Camila.) ¿Ves? Llegamos demasiado tarde. Ya se terminó la sesión.

CAM. (Señalando á Virginia.) No, ahí está un abogado.

L. VIR. (Yendo á su encuentro.) ¡Mi querida amiga! (A Paulina Janin.) ¡Cuánto gusto.... ¿Está usted bien?

PAUL. Sí; pero me aburro, me aburro de muerte. Voy creyendo que no debía haberme divorciado.

L. VIR. ¿Ve usted? Si hubiese seguido mis consejos...

PAUL. Sí, hice mal. (Presentando.) Nuestro célebre abogado, la señora Virginia Coladeuil. Mi amiga la señora de Jancourt. (Se saludan.) Aquí tiene usted una que no se divorciará nunca.

CAM. (Con viveza.) ¡Oh, no!

L. VIR. ¿Quién sabe? Nunca se puede decir de este agua...

CAM. ¿Separarme yo de mi marido? Le quiero demasiado para eso.

L. VIR. Sin embargo, ¿si la engañase á usted?... su amor propio...

CAM. No tengo amor propio.

L. VIR. ¡Su dignidad!...

CAM. Tampoco tengo pizca de dignidad, quiero á Luciano, y... nada más...

L. VIR. Entonces si ese caballero le fuese infiel, ¿usted le perdonaría?

CAM. Con toda mi alma.

L. VIR. ¿A pesar de la afrenta y de la traición?

CAM. A pesar de todo.

L. VIR. ¡Me deja usted atónita!

CAM. ¡Pero si es lo natural! Mire usted, el año pasado yendo de viaje descarriló el tren que me conducía y hasta me causé una herida...

L. VIR. ¿Y qué?

CAM. Pues esto no me ha impedido volver á meterme en el ferrocarril.

PAUL. (Riendo.) ¡Mira, Camila, que esta señora va á tener una pobre opinión de tí!...

CAM. ¡Si quisiera de veras!...

L. VIR. ¡He amado inmensamente!... ¡Pero aquello pasó!... ¡Cosa nimia es el amor para una intelectual!...

CAM. Puede ser; pero alegra la vida de un ser vulgar como yo.

PAUL. ¡Pero, Camila!... ¿Qué va á pensar de tí nuestro ilustre abogado?

CAM. ¿Qué quieres? ¡Yo soy así! Solo los ciegos pueden burlarse del sol.

L. VIR. (Picada.) Veo muy claro todavía.

CAM. Líbreme Dios de ponerlo en duda, señora.

L. VIR. (Aparte.) ¡¡Imbécil!!

CAM. (Aparte.) ¡¡Mamarracho!!... (Oyese una campanilla.)

L. VIR. (A Paulina.) Se va á reanudar la sesión.

PAUL. ¿Sabe usted si el asunto Lepailleur?...

L. VIR. Se va á ver en seguida. (Dirígese á su sitio y se sienta. Entra el público por la derecha.)

ESCENA X

DICHOS, SUSANA, INÉS, después LEPAILLEUR, MARTÍN, UJIER y Público

CAM. No me gusta nada tu ilustre amiga.

PAUL. Parece que tampoco le has gustado tú á ella. (Entran con el público Susana é Inés.)

INÉS (A Paulina y Camila.) ¡Cómo! ¿Ustedes aquí?

SUS. ¡Ah! ¡Camila! ¡Paulina! (Salúdanse.)

PAUL. Hemos querido ver condenar al monstruo de tu esposo.

INÉS Ahora las pagará todas juntas, ¿verdad, Susana?

SUS. Mi marido me ha dado su palabra de honor de ser inexorable; estaba indignadísimo contra tu esposo. «La corrupción de las costumbres aumenta de día en día; hay que atajar el desenfreno que todo lo invade.» Estas han sido sus palabras. (Entran Lepailleur y el Licenciado Martín y se sientan en sus puestos. Hablan con animación mirando al público.)

INÉS ¡Ahí está el infame!... (Entra el Ujier.)

SUS. (A Inés.) ¿Te quedas?

INÉS Sí, me pondré detrás de ustedes, así no me verán. (Entran el Tribunal y Radiguais.)

UJIER ¡Señores, el Tribunal! (El público se pone en pie y se sienta luego así que los Magistrados ocupan sus puestos.)

ESCENA XI

DICHOS, RADIGUAIS, PRESIDENTE y MAGISTRADOS

PRES. Se reanuda la sesión. Asunto Morel contra Morel y Lepailleur. ¿Ha telefoneado usted á su cliente, señor Letrado? (A Virginia.)

L. VIR. Sí, señor Presidente; pero he hablado principalmente con su esposo y voy á tener el honor de exponer á la Sala el resultado de mi conferencia. ¡Señores! Casi siempre el marido es responsable de la infidelidad de su mujer. Sí, señores; el hombre es un ser esencialmente torpe, falto de delicadeza, inoportuno; unas veces nos hiere con su indiferencia, otras, con su intempestivo cariño. O se pasa, ó no llega. Nunca se pone en el justo medio. ¿Qué más queríamos si no amar á nuestro esposo con alma y vida? El no lo quiso. Nuestra juventud, nuestra belleza, las gracias que atesorábamos, no fueron bastantes para retenerle á nuestro lado, é hizo falta que otro más listo, se prendara de nuestros encantos para que él los llegara á apreciar en su justo y verdadero valor. Hoy, señores, todo ha terminado; nuestro marido confiesa su culpa, se arrepiente, nos ama, en fin, y entendiendo que fuimos más desgraciada que culpable, retira la querella que presentó.

PRES. ¿Cómo? ¿El señor Morel retira la querella?

L. VIR. Sí, señor. Y ruega por mi conducto al Tribunal que la tenga por nula y sin ningún valor ni efecto. La reconciliación es un hecho.

PRES. ¡Bravo! Mi más cordial enhorabuena. Es un ejemplo que debería cundir.

INÉS (Bajo á Susana.) Pero entonces... ¡Roberto!

SUS. (Bajo.) Espérate un poco.

L. MAR. (Bajo á Lepailleur.) Esto va muy bien.

ROB. (Bajo á Martín.) ¡Qué suerte!

L. VIR. Como ya no hay acusación contra mi patrocinada, juzgo que no es necesaria mi presencia aquí y me están esperando en la Sala cuarta.

PRES. (Muy contento.) Vaya usted, vaya usted en seguida, señor letrado. ¡Ah! un momento. ¿Y Lepailleur? ¿Desiste también el señor Morel de su querella contra Lepailleur?

L. VIR. Nada me ha dicho, ni yo se lo he preguntado, señor Presidente; los hombres no me importan. (Vase por la derecha.)

L. MAR. Parece indudable que el señor Morel no insiste en su querella contra mi cliente.

ROB. ¡Claro!

PRES. No tan claro. Nada lo demuestra. Es posible, es probable que el marido ultrajado...

L. MAR. ¡Pido la palabra!

PRES. Puede hablar el Letrado.

L. MAR. No abusaré de la benevolencia del Tribunal.

PRES. Muy bien.

L. MAR. Afirmo que al desistir el señor Morel de la querella contra su esposa, implícitamente abandona la acción que intentaba contra mi defendido.

ROB. ¡Evidentísimo!

PRES. ¡Silencio!

L. MAR. El delito de que se acusa á mi cliente no puede consumarse sin el concurso de otra persona de distinto sexo. Ya lo dijo con mucha oportunidad el señor Presidente al dar principio al interrogatorio: una persona sola no puede cometer un adulterio, ¡han de reunirse siempre dos! Ahora bien, si á la señora de Morel no se la acusa de haber cometido delito alguno, ¿qué pena va á aplicarse á mi defendido? Su absolución se impone, tanto más cuanto que Lepailleur en vez de llevar la discordia al seno de un matrimonio, ha hecho que se robustezca el cariño de dos esposos nacidos para amarse, y que sin él quizás no habrían llegado á comprenderse jamás. ¿Podía mi cliente hacer un favor más grande, más evidente, más señalado al señor Morel? Y si este señor es feliz en su matrimonio, de aquí en adelante...

PRES. ¡Bien se lo ha ganado! (Risas en el público.)

L. MAR. A mi cliente le deberá su dicha.

PRES. ¿Por qué no pide usted una gran cruz para Lepailleur?

L. MAR (Sonriéndose.) La acción de mi defendido es de las que encuentran en sí mismas su adecuada recompensa. Espero tan solo que el señor Fiscal no sea más papista que el Papa, y que ese digno funcionario que acababa de ser nombrado para tan elevado puesto por merecimientos de su elocuencia y de su carácter...

ERN. ¡Por Dios, señor Letrado!...

PRES. El Tribunal se asocia á esa manifestación.

ERN. Doy las más expresivas gracias al Tribunal.

L. MAR. Espero, digo, que el señor Fiscal, inspirándose en la magnánima conducta de un marido modelo desistirá de sostener la acusación contra mi cliente, el señor Lepailleur.

ROB. (Bajo á Martín.) ¡Bravo! ¡Muy bien!

INÉS (Bajo á Susana.) ¡Cómo! ¿Le van á soltar?

SUS. (Bajo á Inés.) ¡Pues no faltaría más!

PRES. El señor Fiscal tiene la palabra.

ROB. (Bajo á Martin.) ¡Ahora verá usted ese excelente Radiguais!

PRES. (Bajo al Magistrado.) ¡Las cinco y cuarto! ¡Charito se va á enfadar!

MAG. (Bajo al Presidente.) ¡Habiéndola avisado ya!...

ERN. (Sonriente.) ¡Señores!... Sería una crueldad de mi parte no imitar la conducta del marido que ha otorgado su perdón... (En este momento Susana se levanta mirando fijamente á su marido, haciéndole un gesto enérgico; Radiguais para en seco su discurso y continúa en tono amenazador.) si no tuviera ante todo el ineludible deber de hablar en nombre de la ley escarnecida, de la moral ultrajada, justificando así la confianza que ha depositado en mí el Gobierno de la República al elevarme á este sitial.

ROB. (Bajo á Martín.) ¿Eh?

L. MAR. (Bajo á Lepailleur.) ¿Qué mosca le ha picado?...

SUS. (Aparte.) ¡Así me gusta!

ERN. No hay ningún sentimiento más grato al hombre que el de la clemencia, y, creedlo, tengo que violentarme mucho para no dar la señal de perdón que de mí reclamaba

con elocuentes frases el eminente Letrado, cuyo talento y cualidades honran la toga que vestimos. Pero represento la ley igual para todos; represento la sociedad, cuyos derechos están confiamos á mi defensa. Y la sociedad sufre por causa de este relajamiento de las costumbres que pone en peligro hasta su misma existencia. La mano inexorable de la justicia debe caer sin piedad sobre esos corruptores que no conocen más freno que su capricho ni más ley que la satisfacción de sus pasiones. ¡Que el marido ha perdonado! ¿Y qué? Si una alimaña hiere al transeunte pacífico y éste no la castiga, ¿debemos permitir que siga en condiciones de ocasionar nuevos males?

ROB. (Indignado.) ¡Qué dice este tío!

L. MAR. (Bajo á Lepailleur.) ¡Incomprensible!

PRES. ¡Silencio!

ERN. ¿Y por qué ha perdonado el marido? Acaban de decírnoslo. Porque se ha hecho cargo de que su mujer era más desgraciada que culpable. ¡Y si no es culpable es que ha sido víctima! Víctima de uno de esos Tenorios de profesión que atacan á la virtud de las mujeres honradas, como los rateros les roban sus portamonedas...

ROB. (Aparte.) ¡Animal!

ERN. ¿Quién es Lepailleur, cuyo cinismo elegante no tiene más excusa que su inconsciencia? Es un ser inútil, señores, uno de esos seres que arrastran su tedio y su aburrimiento por los garitos y las chirlatas.

ROB. Somos socios del mismo Casino, y la otra noche me ganó ochocientos francos al monte, ¡él tallaba! (Risas en el público.)

PRES. ¡Silencio, Lepailleur!

ERN. La ociosidad es la madre de todos los vicios, dice el refrán, y la exactitud de esta máxima popular se comprueba una vez más en el caso de Lepailleur. Es rico, es inteligente, y emplea su fortuna y su talento en aumentar el número de sus fáciles conquistas. Entra un día en casa de su joyero, porque ha

visto que hay en la tienda una mujer joven y hermosa, cuya belleza ha despertado sus instintos de libertinaje ..

ROB. Nada de eso. Ella fué á mi casa á cobrar una cuenta...

ERN. Ya lo oís, señores, confiesa su delito. La envió imprudentemente su marido; ella, confiada, no sospechó siquiera el peligro que la esperaba. Lepailleur aprovechó la ocasión.

ROB. Pagando primero al marido la cuenta que le debía.

ERN. Pero robándole más tarde su mujer. ¡Señores! ¡A qué insistir! No consentiréis que salga de aquí ese libertino sin el castigo que merece. No fomentaréis con vuestra indulgencia su cinismo y su mala conducta.

ROB. (Aparte.) ¡Valiente granuja!

ERN. Pensad además en la esposa de Lepailleur, vilmente engañada, que espera vuestra sentencia con legítima ansiedad, porque en ella se ha de castigar al que menospreció su cariño, á quien olvidó la fe jurada al pie de los altares. Si le absolviérais, vuestra clemencia significaría, á las ojos de esa pobre mujer, la aprobacion de una conducta odiosa, y equivaldría á sancionar un delito que el Código y la moral castigan de consuno.

ROB. ¿Consumo?

ERN. ¡De consuno! Por tanto pido al Tribunal que, obrando en justicia, haga sentir al acusado todo el peso de la ley. He dicho. (Se sienta.)

SUS. ¡Bravo!

PRES. ¡Silencio!

SUS. (Bajo á Inés.) ¿Estás contenta?

INÉS (Bajo á Susana.) ¡Ha estado magnífico!

SUS. (Bajo á Inés.) ¡Qué talento! ¿Verdad?

PRES. ¿Tiene el acusado alguna manifestación que hacer?

ROB. Sí, señor Presidente. Tan solo cuatro palabras. La elocuencia del señor fiscal me ha conmovido. ¿Querría el tribunal suplicarle que nos hablase ahora de Charito? (El Presidente da un brinco. Radiguais se muestra muy inquieto. Expectación en el público.)

SUS. (Sorprendida.) ¿Qué dice?

PRES. (Aparte.) ¡¡Charito!!

MAG. (Aparte al Presidente.) ¿Será?...

ERN. (Aparte.) ¡Delante de mi mujer y del Presidente que no sospechaba!

MAG. (Bajo al Presidente.) ¡No es posible!...

ROB. Charito...

ERN. (A Lepailleur.) No tiene usted el derecho de...

ROB. Permítame el señor fiscal...

ERN. No le permito á usted nada.

PRES. (Con severidad.) He concedido la palabra al acusado. (Aparte.) ¡Charito!... ¡no, no puedo creer!... (Alto.) Hable usted, Lepailleur.

ROB. Charito... que se exhibe en el Circo de Invierno...

PRES. (Aparte) ¡Ella! (El Magistrado le consuela.)

ROB. ¡Una morena de primera... es la... amiga del señor fiscal!... (Risas en el público.)

SUS. (Aparte furiosa.) ¡Miserable!

ROB. Quien engaña á su mujer, olvidando la fe jurada al pie de los altares, exactamente lo mismo que he engañado yo á la mía. (Nuevas risas generales.)

SUS. (Bajo.) ¡Canalla! ¡Canalla!...

INÉS (Bajo.) ¡Pobre Susana! (Paulina y Camila la consuelan.)

L. MAR. (A Lepailleur.) ¡Muy bien! ¡Muy bien!...

ROB. (A Martín.) ¡Creo que tiene su merecido!

SUS (Bajo.) Pero, ¿no protesta? ¿no dice nada?

ERN. Protesto con todas mis fuerzas ..

ROB. ¿Sí?... Pues daré detallles. Charito obtiene todas las noches un éxito en el Circo exhibiendo unos gorrinillos que hacen mil monadas. Entre estos animalitos Charito prefería hace tiempo á uno de ellos, á quien llamaba Adolfo, nombre de la persona que le había enseñado á hacer habilidades...

MAG. (Bajo al Presidente.) ¿Ese Adolfo era usted?...

PRES. (Bajo.) Sí...

ROB. Hoy ya no es Adolfo el preferido, tiene un rival que se llama Ernesto... recuerdo del fiscal que ha sido su profesor. (Más risas en el público.)

PRES. ¡El!... ¡Ernesto!...

ERN. (Balbuciente.) Lo que este hombre dice es una

pura calumnia... Me extraña que el señor Presidente...

PRES. (Furioso.) No necesito consejos de nadie, señor don *Ernesto* Radiguais.

ERN. (En el mismo tono.) Ni yo pretendo dárselos, señor don *Adolfo* Marjolín.

ROB. Yo no quiero pasar por virtuoso pero...

PRES. (Furioso hasta el final del acto.) ¡Cállese usted Lepailleur! Si los magistrados no estuvieran sujetos á las debilidades que castigan en los demás, la Administración de Justicia sería de todo punto imposible!

L. MAR. En vista de las curiosas revelaciones que acabamos de oir...

PRES. No puede usted hablar ahora, señor letrado; ya está dilucidado este asunto. (Habla en voz baja con los Magistrados.)

SUS (Bajo á sus amigas.) ¡Engañarme así!...

INÉS (Bajo á Susana,) ¡Todos los hombres son iguales!...

SUS. (Llorando.) ¡Por unos cochinillos!...

L. MAR. (Bajo á Lepailleur.) ¡Mire usted qué cara tiene el fiscal!..,

PRES. ¡Silencio!... El tribunal, previa deliberación conforme á lo que la ley dispone: Considerando que el desistimiento de la querella presentada por el señor Morel parece afectar exclusivamente á la esposa de éste, sin hacer referencia á Lepailleur.—Considerando, sin embargo, que quedando exenta de responsabilidad la señora de Morel, es difícil condenar solo á Lepailleur por un delito que necesita cómplice.—Fallamos que debemos absolver y absolvemos á Lepailleur condenando al señor Morel al pago de costas.. Despejen... (Sale con los Magistrados diciendo:) ¡Charito!... ¡Charito!... (Radiguais hace gestos de protesta y vase también. Risas y cuchufletas en el público. Susana furiosa, queda rodeada de sus amigas que tratan de consolarla. Inés, con ademán amenazador se acerca á Lapailleur que se queda sorprendido al verla. Mucha animación.—Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Sala elegantemente amueblada. Puerta al foro que comunica con la antesala; á la derecha dos puertas: una al despacho de Radiguais y otra al cuarto de Susana. Ventana á la izquierda. Chimenea á la izquierda. En escena un piano, una caja con un violoncello y un atril.

ESCENA PRIMERA

RADIGUAIS y ROSA. Radiguais entra por la derecha, llevando en la mano abrigo y sombrero

ROSA ¡Señor! (Entrando.)

ERN. ¿Qué hay?

ROSA La señora de Lepailleur.

ERN. ¿No le ha dicho usted que ha salido la señora?...

ROSA Sí. Pero pregunta por el señor.

ERN. ¿Por mí? Dígala usted que pase.

ROSA ¡Está muy bien! (Radiguais deja el abrigo y el sombrero sobre una silla y se acerca á la puerta foro.)

ESCENA II

INÉS y RADIGUAIS

INÉS ¿Está usted ocupado? (Entrando con timidez.)

ERN. No, señora. Y aunque lo estuvira... Tenga usted la bondad de pasar. ¿Deseaba usted hablarme?

INÉS Sí, señor. Sabía que Susana está ausente á estas horas y por eso he venido; quería hablar con usted solo.

ERN. Estoy á sus órdenes. . (La invita á sentarse.)

INÉS ¿Supongo que habrá usted recibido la visita de mi marido?

ERN. Hace cosa de una hora.

INÉS ¿Le ha presentado sus excusas por?...

ERN. ¿Por las frases inconvenientes que pronunció ante el tribunal? Sí, señora. Le traté quizá con demasiada dureza, pero fué por servir á usted...

INÉS Yo tengo la culpa de lo ocurrido y no puede usted imaginarse el disgusto tan grande que esto me ha causado. No tengo más idea que la de remediar el daño que involuntariamente produje.

ERN. Por desgracia, Susana, no me quiere perdonar.

INÉS Ya sé que pretende divorciarse. Pero en esto no hay que culparla á ella sola: está influída por Virginia Coladeuil que todo lo quiere arreglar por medio del divorcio: desde la tarde de .. las revelaciones, la visita con mucha frecuencia para imbuirle sus ideas, su odio á los hombres: ella es quien aconseja á Susana, quien la empuja á ser inexorable con usted.

ERN. ¡Pues estará satisfecha de su obra!

INÉS No hace caso de consejos. ¡Más que la he predicado yo! Hasta con el ejemplo: pues he perdonado á mi marido.

ERN. ¡Qué suerte tiene Lepailleur!

INÉS Pero se me ha ocurrido una idea que puede arreglarlo todo.

ERN. ¿Es posible?

INÈS Verá usted. Susana, diga lo que quiera, ama á usted...

ERN. No lo creo.

INÉS Está herido su orgullo... ¡la ofensa fué tan pública!... Pero es imposible que no le quiera ya: y tenemos un medio excelente para comprobarlo.

ERN. ¿Cuál?

INÉS Dele usted celos. Haga la corte á Paulina...

ERN. ¿Yo?

INÉS Que está deseando volverse á casar.

ERN. Pero si no la quiero...

INÉS No importa: Paulina se volverá loca de alegría: Susana, se pondrá furiosa y antes de consentir que se case usted con ella...

ERN. ¿Cree usted que me volverá á querer? (Sonriente.)

INÉS Estoy completamente convencida. Tolerería que la sucediese una extraña, una desconocida; pero, ¿una amiga íntima? Eso nunca. Le aseguro á usted que mi plan es bueno.

ERN. Por lo menos es muy femenino.

INÉS Y presuponiendo su aprobación, he hablado á Paulina en nombre de usted... la he indicado que le gusta á usted mucho... que si su divorcio con Susana se realiza piensa usted muy seriamente en ella para sustituirla.

ERN. ¿Y qué dice?

INÉS ¡Loca de contenta! Tan en serio ha tomado la noticia, que interpretará cualquiera indicación que usted haga, como paso definitivo para la futura boda. Y es necesario, en bien del éxito de mi plan, que busque usted la manera de hacer esa indicación.

ERN. Pero, ¿cómo?

INÉS Esta tarde vendremos ambas á ver á Susana. Imagine usted algo... busque usted... no hay que desperdiciar la ocasión.

ERN. Pero...

INÉS Créame usted y siga mi consejo.

ERN. Así, tan de repente..

INÉS Y ahora me voy á verla. Ya sabe usted lo que ha de hacer. (Saludándole.)

ERN. ¡Señora! ¡Mil gracias por su concurso y ojalá sea eficaz! (La acompaña hasta la puerta.)

ESCENA III

RADIGUAIS, solo

No es tonta la señora de Lepailleur; quizás dé resultado la solución que propone. Paulina, es guapa, pero muy guapa, y á Susana no le hará pizca de gracia su heredera. Pero, ¿qué inventar para que Susana resuelva esta situación y mostrarla mis proyectos respecto de su amiga?

ESCENA IV

RADIGUAIS, ROSA y ANATOLIO

ROSA ¡El señor Guillemard!

ERN. (Mirando el reloj.) ¡Ah! Entonces, son las tres. Dígale usted que pase. (Sale Rosa y á poco vuelve con Anatolio.)

ANAT. ¡Buenas tardes! (Ceremoniosamente.)

ERN. (Se sienta, coge un periódico y le contesta muy friamente.) Téngalas usted muy buenas. (A Rosa.) Ayude usted al señor á preparar la música para cuando venga la señora. (Se pone á leer volviendo la espalda á Anatolio; éste abre la caja del violoncello, le limpia el polvo, pone resina en el arco tarareando entre dientes. Rosa abre el piano y vase.)

ANAT. (Cerciorándose de que Rosa se ha ido.) ¡Chico, ya se fué!

ERN. (Deja el periódico y se acerca á Anatolio, cariñosamente.) ¡Querido Anatolio! ¡Cuántas ganas tenía de que hablásemos!

ANAT. ¡No estás nunca cuando vengo!

ERN. Y aunque estuviera, grandísimo tonto, ¿no ves que no podríamos hablar?... Dime, ¿dónde pasas las noches?

ANAT. ¿Qué dónde paso las noches?

ERN. En el Grand Hotel no será. He ido cuatro días seguidos sin encontrarte nunca.

ANAT. Ya te dije que venía á París á divertirme un

poco. Después de seis años que no salgo de Túnez, ya me lo he ganado.

ERN. Pero, dime: ¿allí no hay mujeres?

ANAT. No faltan; tengo ciento cincuenta en mi Granja, y algunas son guapas.., ¡y me tienen un respeto!... Soy algo así como un Sultán...

ERN. ¡Caramba, chico!... ¡Nada menos que ciento cincuenta!

ANAT. Sí; pero todas se parecen... y luego no tienen la distinción, el refinamiento de nuestras compatriotas, y... eso es lo que venía á buscar aquí.

ERN. Pero, hombre... con tanta constancia...

ANAT. Lo malo es que ya no me divierten esas señoritas: las encuentro fúnebres...

ERN. Pues nadie lo diría... ¡Cómo las frecuentas tanto!

ANAT. Para olvidar.

ERN. ¿Olvidar? ¿A quién?

ANAT. A tu mujer.

ERN. De modo, ¿que buscas distracciones para olvidar á mi mujer?

ANAT. Sí: á ese extremo he llegado. (Profundamente triste.)

ERN. ¡Eso está bien! (Contento.)

ANAT. Llevo una vida de perros; ni como, ni duermo...

ERN. ¡Querido Anatolio!

ANAT. Anatolio está ya harto y se marcha á su tierra. ¡Allá te las compongas!

ERN. ¿Que te marchas?

ANAT. En seguida.

ERN. Te lo prohibo. ¿Y nuestro pacto?... ¿Y tus ofrecimientos?... Recuerda á lo que te has comprometido...

ANAT. Sí; ya lo recuerdo... Llego á París ardiendo en deseos de verte, así como á Gilberto, el tercero de los Anabaptistas; pregunto tus señas; vengo á esta casa y te encuentro sumido en la desesperación, porque tu mujer, á quien amas y habías engañado escandalosamente, quiere divorciarse de tí; me cuentas que te había notificado que te estaba

buscando un sucesor y que sólo cuando lo hallase presentaría la demanda de divorcio: me enternezco al verte en tan grave conflicto; me brindo á hacer el amor á tu mujer para evitar que cualquier desconocido se lo hiciera: la sigo en la calle; la persigo hasta aquí arriba, y tú, entonces, me autorizas á que, con pretexto de unas lecciones de música, la venga diariamente á hacer la corte.

ERN. ¡Exacto! Pero también convinimos en que...

ANAT. Convinimos en que enamoraría á tu mujer y en que si llegaba á quererme, te dejase el campo libre marchándome otra vez á Túnez...

ERN. ¡Eso es!

ANAT. Y es precisamente lo que voy á hacer, marcharme.

ERN. ¿Por qué?

ANAT. Porque la quiero. Porque me he enamorado de ella como un bruto.

ERN. Y ¿por eso...?

ANAT. ¿No te parece bastante motivo?... ¿Y si un día pierdo los estribos?... ¿Y si se me va la cabeza?

ERN. No; te conozco; eres muy honrado; muy leal.

ANAT. Sí que lo soy: pero no quiero seguir pasando malos ratos y á Túnez me vuelvo.

ERN. ¿Y serías capaz de marcharte sin terminar lo que has comenzado tan bien? Ya noto el efecto de tu intervención. Susana no me pone la cara seria hace unos días: no me echa indirectas y está casi amable conmigo. Se ríe, bromea y se la ve alegre y contenta; en fin, chico, cambio radical... Sigue unos días más y estoy seguro de que...

ANAT. Pero vamos á ver; ¿y si me llega á querer?

ERN. No; no es verosímil...

ANAT. ¿Por qué? (Picado.)

ERN. Además, tengo otro plan que puede ayudar al que hemos emprendido. Voy á decirla que la imito; que yo también quiero volverme á casar una vez divorciados, y he elegido á una de sus amigas más íntimas.

ANAT. ¿Y si esto la convence de que te es indiferente y se decide á casarse conmigo?

ERN. Ya verás como no hay peligro... Anda, Anatolio, mi amigo de siempre, sé bueno... ¡No me abandones; concluye tu obra!...

ANAT. ¿Lo quieres así?

ERN. ¡Lo exijo!... (Escuchando.) ¡Cuidado!... ¡Oigo la campanilla!... ¡Debe ser ella!... ¡Adiós!... (Vase corriendo segunda derecha y recoge el abrigo y el sombrero que había dejado sobre una silla al principio de la escena primera.)

ESCENA V

ANATOLIO y SUSANA

ANAT. ¡Señora!

SUS. ¡Buenas tardes, amigo mío!... ¿Me ha esperado usted mucho rato?

ANAT. Unos momentos tan solo... (Se sienta Susana al piano y Anatolio coge el violoncello.) Cuando usted quiera. Una, dos, tres... (Tocan unos compases. Sale Rosa por la primera derecha y se va foro cerrando la puerta.)

SUS. ¿Qué le pasa á usted? (Anatolio suspira. Aparte.) (¡Qué suspiro!) (Alto.) ¡Señor Guillemard!...

ANAT. (Volviendo á la realidad.) ¡Perdone usted, señora!

SUS. ¿En qué piensa usted?

ANAT. (Suspira.) ¿En qué pienso? ¡En muchas cosas!

SUS. ¿Sí?

ANAT. Y ninguna alegre. (Con cariño.) Primero, pienso en usted.

SUS. (Con ironía.) ¡Mil gracias!

ANAT. En usted siempre, de lejos, de cerca... de noche... de día... su imagen encantadora va conmigo á todas partes... Es una verdadera obsesión. ¿Cómo concluirá esto, Dios mío?

SUS. ¡En boda, quizás!...

ANAT. ¡Usted mi mujer!... ¿Será posible?

SUS. ¿No lo desea usted?

ANAT. Daría mi vida ahora mismo por...

SUS. ¿Y cómo se casaría usted conmigo después?

ANAT. ¿Ve usted? no sé lo que digo. ¡En qué berengenal me he metido!

SUS. (Con extrañeza.) ¡Berengenal!...

ANAT. (Azorado.) Quiero decir... Tenía tanta necesidad de amar á usted...

SUS. Sí; pero ahora...

ANAT. ¡Un amor sin esperanza!

SUS. ¡Hoy todo lo ve usted negro! Sólo hace ocho días que me hace usted la corte; ¿quién le dice que?...

ANAT. ¡Que vienen!... ¡Uno, dos, tres!... (Coge el violoncello y se dispone á tocar.)

SUS. (Que ha corrido hacia el piano.) ¡No, hombre; no viene nadie!

ANAT. Se me había figurado... (Se aparta Susana del piano y Anatolio deja el violoncello.) Mire, usted, señora, es superior á mis fuerzas; esta broma no puede seguir...

SUS. (Con sorpresa.) ¡Esta broma! ¿Qué broma?

ANAT. (Corrigiéndose.) Es decir, esta prueba, la prueba á que me somete usted desde hace ocho días.

SUS. Pero...

ANAT. ¡No, si no me quejo! Pero le juro que si hubiera sabido...

SUS. ¿Qué?

ANAT. (Muy azorado.) Si hubiera sabido... lo que ahora sé... y que las cosas vendrían á parar en esto... porque, ¿cómo habría yo de figurarme?... Nunca una mujer me... y las conozco bien... Pero es la primera vez que... No estaba prevenido... creí... que me sería fácil... que me sería posible... y nada... al revés... Así que creo que sería mejor dejarlo.

SUS. (Aparte.) ¡Es de una timidez!...

ANAT. ¿Cree usted que soy dichoso desde que la conozco?

SUS. (Con animación.) ¿Y por qué me ha conocido usted? No fuí yo quien le siguió en la calle, ni quien se empeñó en acompañarle hasta su casa, ni quien le abrumó á fuerza de piropos y de declaraciones...

ANAT. Claro está, pero...

SUS. De modo que sólo por haber tenido el ho-

nor de gustarle, debería precipitarme en seguida en sus brazos...

ANAT. No digo eso...

SUS. Un poquito de calma, amigo mío. Usted, según parece, quedó como herido por el rayo... le conquisté á usted sin querer; ahora á usted le toca conquistarme á mí. Quizás esto tarde algún tiempo, que Zamora no se ganó en una hora; ya sabe usted el refrán: *Chi va piano va sano, é chi va sano va lontano.*

ANAT. Sí y quien da pan á perro ajeno... Conozco todos los refranes. Pero... si pudiera esperar... Si supiese que un día...

SUS. ¿Y por qué no? No me es usted antipático, los ocho días que van transcurridos no han redundado en su contra...

ANAT. (Con calor.) ¿De veras? ¿Es de veras?...

SUS. ¡Y solo deseo llegar á quererle! Quizás no tarde esto mucho en ocurrir; tengo tanta prisa como usted; á menos que se aburra junto á mí.

ANAT. Si supiera usted, señora, con qué impaciencia espero todos los días la hora de verla... Y una vez á su lado qué de prisa se pasa el tiempo contemplando su espléndida belleza, admirando su talento, su gracia, su bondad...

SUS. (Riendo.) Así me gusta. Ahora está usted en su papel.

ANAT. Cada día descubro en usted nuevos atractivos que me seducen y me cautivan, cada día se apodera usted más profundamente de mí, y soy suyo en cuerpo y alma. ¡Susana! ¡Susana mía!

SUS. (Emocionada.) ¡Amigo mío!...

ANAT. (Hace ademán de acercarse á ella para cogerla en sus brazos; pero de pronto se detiene y dice aparte.) ¡Pero estoy loco! (Se precipita hacia el piano y coge el violoncello, poniéndose á tocar.)

SUS. (Sorprendida.) ¿Qué le da á usted? No viene nadie.

ANAT. ¿Usted cree?... Se me figuró oir... (Aparte.) ¡Qué suplicio! (Alto.) ¡Perdóneme usted! (Limpiándose el sudor de la frente.)

SUS. (Con cariño.) No tengo que perdonarle, amigo mío; por el contrario, le agradezco el cuidado que pone en no comprometerme.

ANAT. Sí, tiene usted razón... por nada del mundo... y por eso mismo, créame usted, más vale que no nos veamos.

SUS. ¿Otra vez?

ANAT. Esto va á concluir mal.

SUS. Pues yo creo que no terminará sino muy bien.

ANAT. ¡Si tuviese usted razón!... (Se oye la campanilla.)

SUS. Alguien viene. (Se precipita hacia el piano.)

ANAT. (Cogiendo el violoncello.) ¡Vamos allá! ¡Una, dos, tres!... (Tocan los mismos compases que al principio y se paran.) ¡No era aquí! Quizás habrán llamado equivocadamente. (Radiguais entra por el foro con Dumoulin. Al verlos Anatolio, que sigue con el violoncello, lleva el compás con el arco, diciendo:) ¡Uno, dos, uno, dos!

ESCENA VI

SUSANA, ANATOLIO, ERNESTO RADIGUAIS y DUMOULIN

ERN. Te ruego que me perdones si interrumpo la sesión (Saluda con sequedad á Anatolio, que le contesta lo mismo.) por algunos minutos. Se trata de una cosa urgente.

ANAT. (Con frialdad.) Está usted en su casa.

ERN. Ya lo sé; pero se trata precisamente de saber si lo será por mucho tiempo; á eso venimos.

SUS. No entiendo una sola palabra.

ERN. El señor te lo explicará. (Presentándole.) Tengo el gusto de presentarte al señor Dumoulin, nuestro casero. Mi señora...

DUM. (Saludando.) Estoy á los pies de usted.

SUS. (Contesta á su saludo.) ¿De modo que usted?...

ANAT. Me retiro.

ERN. No señor, quédese usted; su presencia es necesaria. (Presentándole á Dumoulin.) El señor Guillemard. (Se saludan. Anatolio hace sonar de

vez en cuando el violoncello como para distraerse cuando no tiene nada que hablar.)

SUS. ¿De qué se trata?

DUM. Aun á riesgo de molestar á su señor esposo, que está siempre tan ocupado, me he tomado la libertad de venir á recordarle que, ahora, según nuestro contrato, estamos obligados á avisarnos mutuamente antes del día de mañana si nos conviene ó no renovarlo.

SUS. ¿Qué? ¿Han transcurrido ya los tres años?

DUM Sí, señora.

ERN. ¡Cómo pasa el tiempo!

DUM Hay dos familias que desean ocupar este piso; pero antes de darles una respuesta definitiva he querido consultar con ustedes.

ERN. El señor, según me dice, tendría gusto en que continuásemos aquí.

DUM ¡Claro está!

ERN. Por mi parte, no veo inconveniente en que hagamos la renovación, la casa me gusta; pero si te vas á Túnez dentro de algún tiempo...

SUS. ¡Ya comprendo!

ANAT. (Aparte.) ¡Buen pretexto!

DUM. Debo manifestar á usted, señora, que estoy dispuesto á hacer en el cuarto los arreglos que se le ocurran. Pero antes quisiera saber...

ANAT ¡Es natural!

ERN. (Con altanería.) ¿Decía usted?...

ANAT Una simple reflexión que se me ocurría... (Violoncello.)

SUS. Siento no poder dar á usted una respuesta definitiva...

ERN. ¿No has formado juicio todavía? (Susana hace un movimiento de extrañeza.) Puedes hablar delante del señor, que es de una discreción á á toda prueba... Le he puesto en antecedentes de nuestra situación.

SUS. ¿Cómo? Le has dicho...

ERN. Lo indispensable.

SUS. Pues, lo repito, me es difícil así... de pronto.

ERN. Previendo que no pudieras dar una contestación categórica, me he tomado la libertad

de preguntar por teléfono á Paulina si le gustaría la casa. Dentro de un rato vendrá para visitarla despacio.

SUS. ¿Se muda?

ERN. No; pero si tú te casas con el señor Guillemard, yo me casaré con Paulina.

SUS. (Contrariada.) ¡Ah! No sabía... (Anatolio hace sonar el violoncello.)

ERN. Claro es que se trata tan solo de un proyecto. Ni Paulina ni yo hemos contraído todavía ningún compromiso formal; todo depende de lo que tú resuelvas.

SUS. (Nerviosa.) ¡Paulina!... ¡Es gracioso!

ERN. Paulina es encantadora...

SUS. Sí. (Aparte.) ¡Ella aquí... en mi casa!...

ERN. Tratamos incidentalmente la importante cuestión de la casa, y como es difícil que encuentre otra más de mi agrado...

DUM Tiene unas vistas magníficas... ascensor, luz eléctrica...

ERN Además, ya sabes que á Paulina le gustó siempre mucho...

DUM. ¡Calefacción, teléfono, placa de sanidad!...

SUS. (Nerviosa.) ¿De modo que esa boda es cosa seria?

ERN. Ese proyecto de boda... Sí, muy formal, me asusta la soledad y... tomo precauciones, (Entra Rosa por el foro.)

ESCENA VII

DICHOS, ROSA, PAULINA é INÉS

ROSA (Anunciando.) La señorita Paulina y la señorita Inés.

ERN. ¡Que pasen! (Vase Rosa.)

SUS. (Aparte.) ¡Se necesita descaro!...

ANAT. (Aparte mirando á Susana.) Le ha contrariado. (Entran por el foro Paulina é Inés.)

PAUL ¡Buenas tardes, Susana!

SUS. (Con frialdad.) Buenas tardes.

INÉS (A Susana.) ¿Estás bien?

SUS. (Muy cariñosa.) Muy bien, Inés, muchas gracias.

PAUL. ¿Sabes á lo que hemos venido?

SUS. Me lo acaban de decir.

PAUL. ¿Supongo que no tendrás inconveniente?

SUS. Absolutamente ninguno.

PAUL. Inés estaba en casa cuando el señor Radiguais ha telefoneado; le dije que me acompañase...

SUS. ¡Has hecho muy bien!

PAUL ¿Verdad?... Cuatro ojos ven más que dos.

ERN. (A Paulina.) Permítame usted que le presente á nuestro casero el señor Dumoulin.

DUM. (Saludando.) ¡Señora!

PAUL Tiene usted una casa preciosa... siempre me ha encantado y me gustaría mucho vivir en ella. (Habla con Dumoulin y con Radiguais.)

SUS. (Bajo á Inés.) ¿Sabías que mi marido pensaba casarse con Paulina?

INÉS Sí.

SUS. ¿Cómo no me lo has dicho?

INÉS Pero, ¿no lo sabías tú? Todo el mundo está enterado. A mí me ha parecido un poco fuerte.

SUS. ¿A tí también?

INÉS ¡El marido de una amiga íntima!

SUS. Se perece por volverse á casar.

INÉS ¡Es una enfermedad!

PAUL. (Bajo á Radiguais.) ¿Quién es ese señor?

ERN. Voy á presentárselo á usted. El señor Guillemard; la señora de Janin. (Se saludan.)

ANAT. ¡Señora!

PAUL. ¡Caballero! (Bajo á Radiguais.) ¿Es el que hace la corte á Susana?

ERN. Sí.

PAUL. (Riendo.) Pues lo que es ella no pierde en el cambio.

ERN. ¡Muchas gracias!

PAUL. (Bajo á Susana.) ¡Mi enhorabuena!

SUS. ¿Te gusta? ¿Quieres casarte también con él?

PAUL. ¡Oh! ¿Estás de mal humor hoy?

INÉS ¡Algo nerviosa!

DUM. (A Radiguais, aparte.) ¿De modo que la pre-

caución que usted toma contra la soledad es la señora de Janin?

ERN. ¿Le parece á usted mal?

DUM. La encuentro. . de rechupete.

PAUL. ¿Me permites que vea la casa?

SUS. Yo misma te la enseñaré.

PAUL. No, no te molestes, iré sola.

SUS. ¿Te estorbo?

PAUL. No faltaba más. ¿Vienes, Inés? Lo que me preocupa es mi cama; es muy bonita y quisiera conservarla; no sé si cabrá.

ERN. La alcoba es bastante capaz.

PAUL. Sí; pero mi cama es muy grande, ¿sabe usted?

ERN. No.

SUS. ¡Vamos!

PAUL. ¡Sí, vamos allá! (Sale por la primera derecha con Susana.)

INÉS (Aparte á Radiguais.) ¿No se lo decía á usted? ¡Esta furiosa! (Vase también por la derecha.)

DUM. (A Radiguais.) ¿Está usted contento de mí?

ERN. ¡Contento y agradecidísimo!

DUM. ¿Así que hago el contrato por otros tres años?

ERN. Sí señor.

DUM. Y aumento el importe del alquiler en quinientos francos anuales, ¿verdad?

ERN. Sí señor, convenido.

DUM. ¡Magnífico!... Pues entonces me marcho... ¡Beso á usted la mano, señor fiscal!... (Saluda á Anatolio, que le contesta haciendo gruñir el violoncello.)

ERN. ¡Adiós, señor Dumoulin! (Vase Dumoulin foro.)

ESCENA VIII

RADIGUAIS y ANATOLIO

ANAT. ¡Muy ingenioso el recurso del casero!

ERN. Sí, no está mal: se hace lo que se puede.

ANAT. ¡Por última vez!... Déjame marchar, mira...

ERN. Te vuelvo á suplicar que sigas tu papel, en nombre de nuestra amistad. ¡Lo quiero! ¡Lo

exijo!... Vuelven las señoras: me escapo. (Vase deprisa por la segunda derecha.)

ANAT. ¡Pues yo también me escapo! ¡Es tonto sufrir por más tiempo este suplicio de Tántalo! (Coge el sombrero y se dirige al foro; se para al escuchar dentro la voz de Susana.) ¡No!... (Deja el sombrero.) ¡Voy á dar motivo para que me plante en la calle, así Ernesto no tendrá derecho á regañarme! (Susana entra nerviosa y descompuesta.)

ESCENA IX

ANATOLIO y SUSANA

SUS. (Dentro.) ¡Como quieras! .. ¡lo mismo me da! (Sale á escena.) La dejo: concluiría por pegarla. (Sin mirar á Anatolio cruza la escena y se sienta vuelta de espaldas á él.)

ANAT. (Aparte.) ¡Vamos allá! (Se acerca por detrás de ella con cuidado para que no le sienta y le da un abrazo.)

SUS. (Desasiéndose.) ¡Suélteme usted!... ¡Es indigno!

ANAT. (Aparte.) ¡Ya llegó la mía!

SUS. (Sin mirarle.) ¡Salga usted de aquí!

ANAT. (Aparte.) ¡Por fin!... (Se va hacia la puerta apresuradamente y entonces se vuelve Susana y dice:)

SUS. ¿Dónde va usted?

ANAT. ¡A la calle! ¡Me echa usted y me voy!

SUS. Creí que era mi marido.

ANAT. (Fastidiado.) ¡Ah!...

SUS. ¿Qué le ha dado á usted?

ANAT. (Aparte.) ¡No he adelantado nada!

SUS. ¡Pídame usted perdón en seguida!

ANAT. (Con calor.) No, voy otra vez á... (Dirigiéndose á ella.)

SUS. (Alejándose.) ¿Está usted loco?...

ANAT. (Muy resuelto.) ¡Sí, loco de amor!... ¡No puedo más!... ¡Llevamos ya ocho días así!... Si no me quiere usted, no me querrá nunca; no hace falta tanto tiempo para decidirse. ¿Sí? ¿No? ¡No! Pues me voy. (Susana va huyendo de él, que pretende abrazarla, hasta que Anatolio se dirige á la puerta.)

SUS. (Riendo.) ¿Ha concluído usted? ¡Esto es horrible!... ¡Es usted un volcán!... ¡Es espantoso!

ANAT. ¿Me quiere usted? (Insistiendo en su actitud.)

SUS. ¡Calma, calma! Yo que le creí tímido...

ANAT. ¿Me quiere usted?

SUS. ¡Nadie se ha atrevido á hablarme así! Nunca mi marido...

ANAT. (Con sequedad.) Tiene su sistema: la amabilidad; yo tengo el mío: la brutalidad; cada cual el suyo. ¡Contésteme usted!

SUS. (Vacilando.) Voy creyendo que prefiero el de usted.

ANAT. ¿Qué?

SUS. Usted siquiera sabe lo que quiere.

ANAT. (Aparte.) ¡Por desgracia no!

SUS. Y puesto que exige que me decida en el acto... obedezco á usted...

ANAT. (Azorado.) ¿Me quiere usted?

SUS. Siento algo... El amor debe ser así cuando se trata del segundo casamiento.

ANAT. (Aparte, dejando su sombrero.) Hay que volver á empezar.

SUS. Venga usted aquí... á mi lado... y estese quietecito.

ANAT. (Aparte, sentándose junto á ella.) ¡Vaya, que no tengo suerte! (Pausa.)

SUS. ¿Eso es todo lo que se le ocurre á usted?

ANAT. (Con frialdad.) Sí... La felicidad, la alegría... (Pausa.)

SUS. ¿Está usted enfermo, amigo mío?

ANAT. No; gracias.

SUS. Lo celebro.

ANAT. (Respondiendo á una idea que le ocurre.) ¿De suerte que antes creyó usted que era su marido quien?...

SUS. Sí. Ha hecho algunas tentativas análogas.

ANAT. Y si hubiera sido él, ¿le habría usted echado?

SUS. Ya lo vió usted.

ANAT. Entonces, ¿realmente ha concluído todo entre ustedes? ¿Ya no le quiere usted?

SUS. ¡Le detesto, le odio!

ANAT. ¿Y no le volverá usted á querer nunca más?

SUS. Nunca.

ANAT. ¿Está usted segura?

SUS. (Con extrañeza.) Pero...

ANAT. Se lo suplico, Susana, contésteme usted leal, francamente, va usted á decidir de mi felicidad, de mi vida entera...

SUS. (Muy firme.) ¡El señor Radiguais no será ya nunca nada para mí!

ANAT. ¿Suceda lo que quiera?

SUS. Suceda lo que quiera.

ANAT. ¿De modo que si desapareciese yo de un golpe, como en las comedias de magia, no volvería usted á reconciliarse con su marido?

SUS. Ni se me ocurriría siquiera.

ANAT. (Explosión de alegría.) ¡Por fin!... ¡Oh, dicha!... ¡Qué alegría! ¡Qué felicidad! (Coge una mano de Susana y le da muchos besos.)

SUS. ¿Qué hace usted?

ANAT. (En el mismo tono, y siempre besándola la mano.) ¡Ya no existen obstáculos!

SUS. ¿De veras me quiere usted tanto?

ANAT. ¡Con toda mi alma!... ¡con todas mis fuerzas!... ¡con toda mi brutalidad... ¡Ah, Susana!... ¡adorada Susana! (Ademán de abrazarla.)

SUS. (Rechazándole con dulzura.) ¡No, amigo mío, no! No estaría bien hasta que mi marido...

ANAT. (Levantándose.) Sí, tiene usted razón, se me olvidaba. (Con tono alegre.) ¡Pobre Radiguais! ¡Qué disgusto le voy á dar!

SUS. ¡Qué bueno es usted!... Se compadece de él...

ANAT. ¡Porque pienso en lo que pierde! ¡Me va á odiar!

SUS. (Con ironía.) Al contrario; estará contentísimo; podrá casarse con Paulina.

ANAT. Tiene usted razón. (El reloj da una campanada.)

SUS. Las cinco y media.

ANAT. La hora de la ducha.

SUS. Sí, me voy á vestir. (Tendiéndole ambas manos.) Adiós, amigo mío. Hasta mañana. Enteraré á mi marido de mi resolución, y seremos libres...

ANAT. Sí, libres...

SUS. Le despido; pero pensaré mucho en usted. ¡Hasta mañana!

ANAT. ¡Hasta mañana! ¡Qué largas se me van á hacer las horas! (Vase por el foro.)

SUS. Ea, ya está hecho; quizás he ido algo deprisa. No; había que concluir... Por lo menos, tengo la evidencia de que me quiere. Y él no me engañará. ¡Qué bueno es, y qué delicado!... ¡Se compadecía de mi marido!... (Con ironía) ¡Mi marido!... Tengo gana de decirle yo misma... (Paulina é Inés entran por la derecha.)

ESCENA X

SUSANA, PAULINA é INÉS

PAUL. Caben todos mis muebles. ¿No está el señor Radiguais?

SUS. Ya lo ves.

PAUL. ¿Tampoco está el señor Guillemard?

SUS. Tampoco.

PAUL. Ya sabes lo que te he dicho antes... ¡Es un buen mozo! ¿No es verdad, Inés?

INÉS Sí.

PAUL. Y puesto que estás resuelta á dejar á tu marido, no comprendo por qué vacilas tanto. No es fácil que encuentres algo mejor.

SUS. Soy de la misma opinión, y ya no dudo más. Me caso con el señor Guillemard.

PAUL. (Contenta.) ¿De veras?

INÉS (Estupefacta.) ¿Cómo?

SUS. Acabo de decidirlo.

PAUL. ¡Qué buena eres!

INÉS ¡Pero si no es posible! Un hombre á quien no conoces, al que has admitido por despecho... Tú misma me lo has dicho...

PAUL. ¡Despecho... amoroso!

SUS. Comprendo que hice mal en admitirle... pero he tenido ocasión de conocerle, de juzgarle; me gusta y me quiere; estoy completamente segura de que me adora... Quiere casarse conmigo. ¿Por qué había de desperdiciar esta ocasión?

INÉS Si...

SUS. Ea, no hay que hablar de ese asunto... He dado mi palabra al señor Guillemard. (Virginia, rejuvenecida, resplandeciente de alegría, vestida con un traje claro, aparece por el foro con Rosa.)

ESCENA XI

DICHOS, VIRGINIA y ROSA

ROSA Aquí está la señora...

L. VIR. No hace falta que me anuncien. ¿Cómo se llama usted?

ROSA Rosa.

L. VIR. Pues tome usted cinco francos. (Se los da. Vase Rosa.)

SUS. ¿Qué le ocurre á usted?

PAUL. ¡Qué semblante tan alegre!

INÉS ¡Y qué vestido!

L. VIR. ¿Qué me sucede? ¡Ah, amigas mías! ¡la mayor felicidad!... ¡la alegría mayor!... ¡la más imprevista!... Me da miedo pensar lo dichosa que soy... (A Susana.) Hubiera debido avisar á usted... Contaba usted conmigo. (Se sientan.)

SUS. ¡Bah! No corría prisa.

L. VIR. Pero he estado tan impresionada, tan bien impresionada, que no he tenido tiempo para ocuparme de asuntos... (Se queda inmóvil y como en éxtasis.)

PAUL (Bajo á Inés.) ¿Qué le pasará?

INÉS Nos morimos de impaciencia...

SUS. Díganos usted...

L. VIR. Empiecen ustedes por olvidar todas mis teorías: son absurdas; todas mis doctrinas: son falsas. Les dije que el amor era una mentira: es la dicha más completa. Les dije que el matrimonio envilece á la mujer: ¡la enaltece! Que nuestro más cruel enemigo es el hombre: es, por el contrario, nuestro amo, nuestro sostén, nuestro Dios. Amar es vivir, ¡vivir!... ¡Ah! (Queda extasiada nuevamente.)

SUS. (A Inés.) ¿Está loca?

L. VIR. ¡Teodoro ha vuelto!...

PAUL. ¿Teodoro?

L. VIR. ¡Mi esposo, mi esposo amado!... ¡Después de diez años de ausencia!... ¡Ah!... ¡qué hombre! ¡qué fuego! ¡qué pasión!... Verán ustedes cómo ha sido.

INÉS (Acercándose,) Sí, sí, hable usted.

PAUL. (Lo mismo.) Diga lo que ha pasado.

SUS. (Idem.) Cuéntenos usted.

L. VIR. Estaba en Burdeos, en donde tenía un asunto sensacional... Toda la población interesada... La sala llena, el público escogido... Estaba emocionada... Esta misma emoción me sirvió para obtener uno de los éxitos más brillantes de mi carrera.

SUS. ¿Ha ganado usted el pleito?

L. VIR. No, le he perdido; pero eso no tiene importancia. Me aplaudieron, me aclamaron... fué magnífico. Al terminar salí de la sala y me quise escabullir entre la gente para que cesaran las ovaciones, cuando al entrar en un pasillo oscuro tropecé con un hombre que esperaba .. ¡Era él!

PAUL. ¿Teodoro?

L. VIR. ¡Hacía diez años que no nos veíamos!... ¡Ah, señoras! Quizás no me creerán ustedes; pero cuando una mujer se encuentra frente á frente con el primer hombre que le habló de amor, con el primero que la estrechó entre sus brazos, con el primero que... ¡Creí que me desmayaba... mi corazón cesó de latir... me quedé sin vista, sin... me cogió una mano... sí, creo que fué una mano... me dijo: «¡Virginia!» y su voz, al modular mi nombre, fué como una caricia embriagadora... Sólo con eso, volví á ser su esclava .. me cogió, me llevó al hotel donde vivía...

INÉS ¡Pobre víctima! (Virginia se queda extática.)

SUS. (Riendo bajo) ¡Qué cambio!

PAUL. (Idem.) ¡Se va á desmayar!

INÉS (Idem.) ¡Es muy divertido!

L. VIR. (Levantándose.) Pero se me va el santo al cielo... y olvidaba que me espera abajo, en el coche..

INÉS ¿Teodoro? ¿Está abajo Teodoro? ¿Por qué no le ha hecho usted subir?

PAUL. ¡Tantas ganas como teníamos de conocerle!

L. VIR ¿Sí? Pues venga usted, le presentaré con mucho gusto.

INÉS Sí, sí, vamos allá.

PAUL. Adiós, Susana.

SUS. Adiós.

INÉS (A Susana.) No hagas tonterías, ¿eh? Piénsalo bien.

SUS. Ya está todo pensado.

L. VIR (A Susana.) Adiós, amiga mía. (Vuelve.) ¡Ah! se me olvidaba lo principal; no cuente usted conmigo para su pleito; nos vamos fuera Teodoro y yo.

SUS. Bueno.

PAUL. ¿A dónde se marchan ustedes?

L. VIR. A Venecia, donde van los enamorados. (Vase por el foro con Inés y Paulina.)

ESCENA XII

SUSANA. Después ROSA

SUS. (Después de meditar un momento.) Estoy segura de que no me hará pizca de efecto volver á ver á mi marido dentro de diez años, (Llamando.) pero ningún efecto. (Rosa entra por el foro.) Mi sombrero.

ROSA En seguida, señora. (Vase derecha.)

SUS. Ya es muy tarde, las seis menos diez... Tengo ganas de decirle que me separo de él irremisiblemente. (Entra Rosa. Suena la campanilla dentro y vase Rosa.) Si le diera ahora mismo la noticia... (Abre la puerta del despacho de Radiguais.) No está, no ha vuelto... tendré que esperar á la noche. (Rosa entrando con una tarjeta en la mano.)

ROSA Este señor pregunta por la señora.

SUS. (Mira la tarjeta.) No le conozco. Dile que el señor no está casa.

ROSA Pregunta por la señora.

SUS. ¿Por mí? «Gilberto Gondoin, Agregado di-

plomático. Estockolmo.» ¡No sé quién es!.. pero, en fin, dile que pase, le despacharé en en dos minutos. (Vase Rosa. Susana, se pone el sombrero y el abrigo. Entra Gilberto.)

ESCENA XIII

SUSANA y GILBERTO

GIL. Ruego á usted, señora, que me perdone si la incomodo.

SUS. ¿Deseaba usted hablar conmigo?

GIL. Sí, señora.

SUS. Iba á salir, pero si es urgente lo que tiene usted que decirme...

GIL. Muy urgente. Permítame, señora, en primer término, que le manifieste el vivo placer que tengo en conocerla.

SUS. (Algo extrañada.) Muchas gracias, pero...

GIL. Ya sabía yo que era usted amable, buena, encantadora...

SUS. Sus elogios me confunden, caballero, pero no tengo el honor de conocer á usted.

GIL. ¿No le han dado á usted mi tarjeta? Gilberto Gondoin...

SUS. Sí; agregado diplomático, ya lo he visto; pero su nombre me es absolutamente desconocido.

GIL. ¿De verás?

SUS. Sí, señor.

GIL. ¿No le ha hablado á usted de mí Ernesto?

SUS. ¿Ernesto?

GIL. ¿No es usted la señora de Radiguais, el Fiscal?

SUS. Sí, señor.

GIL. Entonces, ¿nada le ha dicho á usted de mí? ¿No le ha pedido que me recomiende á su tío, el Subsecretario de Estado?

SUS. No señor.

GIL. ¡Parece imposible!... ¡Tantas promesas como me hizo!

SUS. Se habrá olvidado. ¡Ha tenido tantas cosas en que pensar estos últimos días!

GIL. Vamos, no tengo suerte.

SUS. Dentro de poco volverá; puede usted esperarle.

GIL. ¿Para qué? Quizás sea tarde ya... ¡Adiós boda y adiós mi traslado á Madrid!... ¡Y ocurrirme esto siendo usted sobrina del Subsecretario! .. ¡Es para volverse loco!

SUS. No entiendo una palabra.

GIL. Yo le explicaré.

SUS. Es que tengo prisa.

GIL. Es cosa de dos minutos. Verá usted. Soy agregado diplomático en Estockolmo; tengo relaciones con una señorita española á la que quiero con toda mi alma. Ella también me quiere, pero no lo bastante, quizás, para irse conmigo á tierras tan apartadas... Está vacante una plaza de agregado en la Embajada de Madrid y quisiera que me la concediesen, en cuyo caso, dentro de dos meses sería la boda.

SUS. Ya comprendo.

GIL. Note usted que no pido ascensos, ni gollerias, sólo quiero mi traslado que no perjudica á nadie... Ya ve usted, señora, que mi felicidad y la de Conchita, está en sus manos y si usted quisiera...

SUS. Sí que quiero.

GIL. Pero es que habrá de pedir mi traslado en seguida. No puedo retrasarlo más.

SUS. Esta noche iré á comer á casa de mi tío y le hablaré de sus deseos.

GIL. ¡Oh, gracias, señora!... ¿Cómo expresarla mi agradecimiento y el de Conchita?

SUS. ¿La quiere usted mucho?

GIL. ¡¡Con locura!!

SUS. Lo cual no impide que la engañe usted el día menos pensado.

GIL. ¡Engañar yo!... ¡Un diplomático!... ¿Puedo contar con su protección?

SUS. Sí, señor.

GIL. Estaba seguro de que se interesaría usted por un antiguo amigo de su marido. ¿Cómo está Ernesto?

SUS. Muy bien. ¿Es usted amigo suyo?

GIL. Hemos sido inseparables, como hermanos. Nos llamaban los tres Anabaptistas. ¿Se acuerda usted de los que salen siempre juntos en *El Profeta*?

SUS. ¿Los tres Anabaptistas? ¿Quién era el tercero?

GIL. ¿Pero de veras Ernesto no le ha hablado de nosotros? El tercer Anabaptista se llamaba Anatolio Guillemard.

SUS. (Asombrada.) ¡Anatolio Guillemard!

GIL. A ese también le perdí de vista.

SUS. ¿Uno que vive en Túnez?

GIL. Sí.

SUS. ¿Es íntimo amigo de mi marido?

GIL. Los tres hemos vivido juntos durante algunos años.

SUS. (Aparte y poseída de la mayor indignación.) ¡Se han puesto de acuerdo para engañarme! ¡Miserables!

GIL. (Aparte.) Me parece que acabo de introducir varias extremidades.

SUS. (Aparte.) Y yo que no he sospechado nada...

GIL. Señora, ¿he dicho algo que le disguste á usted? Lo lamentaría profundamente.

SUS. Al contrario, me acaba usted de hacer un grandísimo favor. No lo sabe usted bien.

GIL. ¡Ah!

SUS. (Escuchando.) Cállese usted. Oigo á mi marido. (Abre la puerta de la derecha.) Venga usted por aquí. Nos iremos cuando ya no esté en la antesala. No quiero verle.

GIL. A sus órdenes, señora.

SUS. Pero antes me va usted á prometer que me obedecerá ciegamente, que hará cuanto le mande; sin eso, no hay protección, ni traslado, ni nada.

GIL. ¡Le doy á usted mi palabra de que haré cuanto quiera!

SUS. ¡Tiene usted unos amiguitos!... (Vanse foro.)

ESCENA XIV

ROSA, luego RADIGUAIS. Rosa arregla un poco la escena, cierra el piano, guarda el violoncello en su caja. A poco ANATOLIO

ERN. ¿Ha vuelto ya la señora?

ROSA No, señor.

ERN. ¡Está bien! (Vase Rosa.) ¿Qué efecto le habrá hecho mi proyecto? Estaba celosa de Paulina, no había más que verla.

ROSA El señor Guillemard desea ver al señor. (Saliendo por el foro.)

ERN. ¿El señor Guillemard á estas horas? Dígale usted que no son las tres y que no está la señora.

ROSA Dice que quiere hablar con el señor.

ERN. Hágale usted entrar. (Vase Rosa. A Anatolio, que entra.) Vamos, ¿qué quieres? ¿Estás loco? ¿A qué preguntas por mí? ¡Vaya un compromiso en que me ponías si hubiese estado Susana! ¡Qué imprudencia! ¡Si nos encontrase juntos!

ANAT. No hay cuidado, está tomando su ducha... tenemos tiempo. Es necesario que te hable.

ERN. ¿Con mucha urgencia?

ANAT Sí.

ERN. ¿Entonces es verdad?

ANAT. ¿El qué?

ERN. Lo que acaba de decirme Lepailleur; que mi mujer está resuelta...

ANA. Sí, de pronto, hace un rato... me ha dejado estupefacto. ¡Estaba tan lejos de creer!

ERN. ¿De modo que quiere divorciarse?

ANAT. Sí.

ERN. (Siempre con alegría.) ¿Y te quiere?

ANAT. Me quiere, sí. Te digo que es para volverse loco. ¡Y tú que decías que no tenía yo el tipo que á ella le gusta! Te aseguro que he hecho todo lo posible para desengañarla, he estado violento, bruto... creí que me iba a poner en la calle... pero nada, chico, resulto más guapo que tú.

ERN. ¿Quiere absolutamente casarse contigo?

ANAT. En el más breve plazo posible. ¿No estás enfadado, verdad?

ERN. ¡Tendría que ver después de que has cumplido lo pactado! Por el contrario, te estoy muy agradecido.

ANAT. ¡Querido Ernesto!

ERN. Has procedido con lealtad, con honradez.

ANAT. Sí, eso sí, puedes estar seguro.

ERN. Y me has hecho un favor que nunca olvidaré.

ANAT. No sabes lo que me gusta oirte hablar así, tenía miedo de haberte disgustado.

ERN. ¿Por qué?

ANAT. Que te hubieras llegado á figurar...

ERN. ¡Si no has hecho más que poner en práctica nuestro plan!

ANAT. ¿De forma que estás contento?

ERN. ¡Encantado! No podía desear una solución más rápida.

ANAT. (Dando un suspiro como el que se quita un peso de encima.) ¡Gracias á Dios! Debo decirte, además, que tu mujer ha estado correctísima, no cabe más... no ha permitido siquiera que la dé un beso hasta que estuvieras al corriente de...

ERN. (Serio.) ¡Ah! ¿Con que tú pretendías?

ANAT. ¡Hombre, era lo lógico! ¡Ponte en mi lugar!

ERN. Es lo que pienso hacer.

ANAT. ¿Cómo?

ERN. Pues muy sencillamente. ¡Tu misión ha terminado, la comedia concluyó!

ANAT. No comprendo.

ERN. (Con mucha sequedad en todo lo que dice.) Porque no quieres comprender. Has hecho el amor á Susana para evitar que otros se lo hicieran y darme tiempo de lograr su perdón; esto ha terminado, vete, déjanos, lo demás corre de mi cuenta.

ANAT. Eso sí que no. (Sentándose.)

ERN. ¿No te quieres marchar?

ANAT. ¡Que no! ¡Así en redondo! ¡Tu mujer no te quiere ya!

ERN. Eso no te importa.

ANAT. Te digo que ya no te quiere, y suceda lo que suceda, nunca recobrarás su afecto.

ERN. ¡Allá veremos!

ANAT. Me lo ha dicho bien claro: «me revienta ese hombre.» Aunque me marche, aunque desaparezca, no te volverá á querer... ¡Es como si te hubieras muerto! ¡Ya no gustas! Se han cansado de tí. *¡Requiescant in pace!*

ERN. (Harto.) ¡Esto es demasiado!

ANAT. ¡Digo la verdad! Comprendo que no te sea grato oirla, como tampoco me es agradable decirla; pero no debe uno engañar á los amigos...

ERN. (Enfadado.) ¡A que te voy á tener que dar las gracias!

ANAT. Como que sólo por amistad he querido yo mismo decirte estas cosas, con todas las precauciones posibles.

ERN. ¡Ea, basta ya! Tú, hipócrita, me vas á hacer el favor de marcharte esta misma noche.

ANAT. Ves... te enfadas, prueba de que no tienes razón.

ERN. Y que no te vuelva á ver el pelo, ¿sabes?

ANAT. ¡Estás furioso! Lo comprendo; pero reflexiona... (Se levanta.) Si me casase con tu viuda, ¿te importaría?

ERN. ¡Pero no estoy muerto!

ANAT. Para tu mujer estás muerto y enterrado. ¡Eso es lo que no quieres comprender!

ERN. ¡No te casarás con Susana! ¡De eso te respondo! Le contaré la comedia que has representado y verá que te has burlado de ella.

ANAT. ¡Y por despecho, por rabia, se casará con otro!

ERN. Bueno; ¡pero al menos no será contigo!

ANAT. Ese otro no la querrá como yo, y quizás la haga desgraciada. ¡Eres un egoísta! Demuestras con esto que no la quieres por ella, sino por tí.

ERN. ¡Ni tú, ni nadie, me quita á Susana! ¡Vete!

(Entra Susana por el foro y deja abierta la puerta.)

ESCENA XV

RADIGUAIS, ANATOLIO, SUSANA y GILBERTO

SUS (Atraviesa la escena muy nerviosa.) Ahí viene un señor á quien no conozco que me sigue hace media hora. Te ruego me libres de su presencia. (Vase por la primera derecha quitándose el sombrero.)

ANAT. ¡Como es eso!

ERN. (Furioso.) ¡En buena ocasión llega! (Ambos se precipitan hacia la puerta del foro y aparece en ella Gilberto.) ¡Oh!

ANAT. ¡Ah!

ERN. ¡Tú!

ANAT. ¡Gilberto!

GIL. ¡Vosotros!

ESCENA XVI

RADIGUAIS, ANATOLIO, GILBERTO

ERN. ¡Ah!... ¿Conque eres tú el que seguía á mi mujer?

GIL. ¡Tu mujer! (Riendo.) ¡Hombre! ¡Tiene gracia!

ANAT. ¿De veras?

ERN. Haz el favor de explicar...

GIL. ¿El qué?

ANAT. Y no hables tan alto.

GIL. Se trata de un simple error. Yo no sabía que era tu mujer, la he encontrado en la calle, me ha parecido elegante, guapa simpática... y la he seguido. Nada más.

ANAT. ¿Eso es todo?

GIL. ¿Ho habrías hecho tú lo mismo? Y además, á tí, ¿qué te importa? (A Radiguais.) ¿Qué le puede importar á él?

ERN. Claro está que no le importa. (Disputan con mucho calor Radiguais y Anatolio. A Gilberto.) Y ahora, vete pronto, que mi mujer no te vea aquí.

GIL. Claro, ahora que sé... Me voy, ¿dónde nos veremos? Estaré unos días en París y quisiera que nos reuniesemos. Calculo, que no me guardarás rencor; entre amigos tan antiguos como nosotros...

ERN. No te guardo rencor; pero, vete.

GIL. Pero, ¡qué raro!... ¿Eh? Siempre hemos tenido el mismo gusto: comunidad de ideas, comunidad de fondos...

ANAT. (Empujándole.) Esta noche en el Gran Hotel.

GIL. Bueno. (A Radiguais.) ¿Irás?

ERN. Sí, vete. (Le empuja.)

GIL. Hasta luego. (Vase foro. Entra Susana por la derecha.)

ESCENA XVII

RADIGUAIS, ANATOLIO, SUSANA. Radiguais y Anatolio se pasean muy furiosos de un lado á otro de la escena

SUS. ¿Se ha marchado ya ese caballero?

ANAT. Más que á paso.

ERN. Le he echado á puntapies.

ANAT. Por poco le tiro por el balcón; ¡el muy insolente!

ERN. ¡Canalla!

SUS. Les agradezco mucho que le hayan dado su merecido. Es una satisfacción no común para una mujer, el sentirse protegida por su marido y por su prometido. (Ambos interrumpen sus paseos y se acercan á ella.)

ERN. ¿Cómo?

SUS. Sí, amigo mío. (A Radiguais.) Vamos á separarnos.

ERN. ¿Estás completamente decidida? ¿Es irrevocable tu resolución?

SUS. Sí, mañana presentaré la demanda de divorcio; saldré de está casa en donde ya no puedo decentemente permanecer, y en cuanto la ley me lo permita, me caso con el señor Guillemard.

ERN. ¿Es tu última palabra?

SUS. Sí. Me has ofendido; pero nunca podré olvi-

dar que has querido remediar el daño causado, poniéndome en condiciones de conocer y apreciar al que va á sustituirte á mi lado, por ello te estoy profundamente agradecida.

ERN. (Rabioso.) No hay de qué.

SUS. (A Anatolio.) Tiene usted mi palabra.

ANAT. (Besándole la mano) ¡Ah! ¡Susana! ¡Susana!... Espero...

SUS. (Interrumpiendo.) ¡Calma!... ¡Calma!... No estamos sólos. Hasta mañana.

ANAT. ¡Sí! ¡Hasta manana! (Se dirige Susana hacia la primera derecha y se vuelve desde la puerta á mirar á Anatolio. Este, saludando á Radiguais con aire de triunfo.) ¡Caballero!

ERN. Beso á usted la mano. (Aparte, amenazándole.) Hasta luego, ¡sinvergüenza! (Sale Anatolio por el foro. Susana vase por la derecha. Radiguais se queda haciendo gestos de desesperación.—Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Igual decoración que en el anterior

ESCENA PRIMERA

SUSANA y ROSA. Al levantarse el telón, Susana está empaquetando diferentes objetos, música, libros, etc. Entra Rosa por el foro, trayendo una maleta vacía

ROSA ¿Dónde pongo esta maleta?

SUS. Ahí, junto á la puerta. (Sigue haciendo paquetes sin dejar de hablar.)

ROSA Perdóneme la señora... ¿Se va de viaje la señora?

SUS. No. Me marcho de aquí.

ROSA Ya sabe la señora que siempre le he sido fiel y que he procurado servirla lo mejor que he podido desde que se casó con el señorito, á cuyo lado estoy hace muchos años. Quisiera que la señora no tomase como falta de respeto lo que voy á decirle, si la señora me lo permite.

SUS. Sí, ya sé que me ha tomado usted cariño y siempre he estado muy contenta de sus servicios. ¿Qué quiere usted decirme?

ROSA He visto ayer tan triste al señorito, cuando me dijo que la señora se marchaba, que no puedo por menos de atreverme á..

SUS. A interceder por él, ¿verdad? No, Rosa, no

me enfado por ello, hasta lo encuentro natural.

ROSA El sino de las mujeres es que nos engañen nuestros maridos; pero estas son cosas de los hombres á las que no hay que dar importancia, sobre todo, cuando sólo se trata de pasatiempos.

SUS. ¡Pasatiempos! ¡Buen defensor se ha echado mi marido; ya se lo diré al despedirme de él!

ROSA No ha sido mi ánimo contrariar á la señora, ni darle consejos, que no necesita, pero...

SUS. Nada, descuide usted; lo que hago es de acuerdo con su señorito, á quien he enterado de todo.

ROSA Perdóneme la señora si me he atrevido á... ¿Me llevo la maleta?

SUS. No. Déjela usted donde está. (Vase Rosa al oir que suena la campanilla de la puerta. Susana continua haciendo sus preparativos.) Si se hubiera contentado sólo con engañarme... pero, es que además se está burlando de mí hace ocho días por medio de su digno amigo el tal Anatolio, que Dios confunda, á quien aborrezco ya tanto á como mi marido. Vaya una farsa que han estado haciendo. ¡Lo que se han debido reir los dos!... Ahora me toca á mí. (Entra Rosa foro.)

ROSA Ese señor que vino ayer tarde.

SUS. Dígale usted que pase. (Vase Rosa.) Estoy deseando terminar con los tres Anabaptistas. (Entra Gilberto por el foro.)

ESCENA II

SUSANA y GILBERTO

GIL. ¡Señora!

SUS. Muy buenos días. Vi á mi tío y le pedí la plaza que usted desea.

GIL. ¡Cuánto le agradezco!

SUS. Por su parte no hay inconveniente en trasladarle á usted á Madrid. Hoy mismo ha-

blará al Ministro del asunto y le espera á usted de dos á tres de la tarde.

GIL. ¡Qué inmenso favor me ha hecho usted! ¿Cómo podría demostrarle todo el agradecimiento que...?

SUS. ¿Se va usted á casar?

GIL. Gracias á usted, sí, señora.

SUS. Pues no engañe nunca á su mujer, así me probará usted su gratitud.

GIL. ¡Engañar á Conchita!

SUS. Sí; así, de pronto, le parecerá á usted una cosa monstruosa, imposible, pero ya se acostumbrará á la idea. Pregúntele usted á su amigo Radiguais.

GIL. (Con pena.) ¡Pobre Ernesto!... ¡Si supiera usted lo que le pasa!...

SUS. Ya no me interesa. (Pausa.) ¿Le ha vuelto usted á ver?

GIL. Sí, anoche en el Grand Hotel, cuarto número ochenta y cuatro, piso segundo. Ahí vive Anatolio; á las diez estábamos juntos los tres Anabaptistas; pero, ¡qué sesión tan borrascosa!... ¡Si no es por mí, se arañan Anatolio y Ernesto!...

SUS. ¿Cómo? Los dos cómplices, los dos miserables que se han puesto de acuerdo para burlarse de mí. Mire usted, mi marido me ha engañado villanamente, pero quizás le habría llegado á perdonar...

GIL. Eso hubiera estado muy bien, pues no es tan culpable como usted imagina...

SUS. (Con ironía.) ¿De veras?

GIL. Idearon en el Casino dar una fiesta y designaron á varios de los socios para que fuesen á invitar á las artistas que habían de amenizar la velada; á Ernesto le tocó ir á ver á Charito... Era verano, hacía un calor sofocante, y, según parece, Charito estaba en un traje ligero y propio de la estación, y... pero bastante castigado está, porque nunca dejó de quererla á usted sola...

SUS. Sin duda por eso organizó en contra mía esa infame comedia que ha representado juntamente con su amigo Anatolio.

GIL. ¡Exacto!

SUS. ¿Cómo?

GIL. Ernesto adora á usted, y como su propósito de divorciarse le hizo perder los estribos, echó mano de ese recurso extraordinario y fuera de lo común: estaba seguro de la lealtad de Anatolio y concibió la esperanza de que mientras su amigo le hacía á usted una corte... inofensiva, tendría él tiempo y medios de obtener el perdón de usted.

SUS. (Con extrañeza.) ¡Ah!

GIL. Aquí tiene usted la explicación de sus actos.

SUS. ¿Y no pensó que pudiera yo enamorarme del señor Guillemard?

GIL. Pensó en lo más urgente: en ganar tiempo. Cuando se prende fuego á una casa, se llama á los bomberos, sin pensar en los destrozos que causarán.

SUS. Veo que está usted de su parte.

GIL. Le juro á usted, señora, que digo la verdad, nada más que la verdad...

SUS. ¿Y el otro? ¿El señor Guillemard? El bombero... como usted dice... ¿encontrará usted también disculpa para su mala acción?...

GIL. ¡Ese aún me inspira más lástima!... ¡Ese es una víctima, señora, un mártir de la amistad!... Sin darse cuenta de ello, ha ido poco á poco aficionándose á su papel y tomándolo en serio, y lo que debía ser broma, concluyó en veras. ¡No se está impunemente todos los días, durante una hora, al lado de una mujer como usted!... ¡Su belleza, su talento y su bondad le han conquistado, y el pobrecillo la quiere á usted con pasión!

SUS. (Contenta.) ¿De veras?

GIL. Ya sabe usted que lo que digo es cierto. ¡Es tan desgraciado!...

SUS. ¡Se lo merece! (Pausa.) ¿Sabe mi marido el... afecto que he inspirado á su amigo?

GIL. Sí; Anatolio ha sido tan tonto, quiero decir, tan leal, que se lo ha confesado todo... Así que Ernesto está furioso...

SUS. ¡Mejor!...

GIL. ¡Y Anatolio rabiando!...

SUS. ¡Magnífico!...

GIL. ¡Cuánto daría yo porque hicieran las paces!

SUS. Es usted un buen amigo, un abogado excelente y un gran diplomático. Si alguna vez tiene mi tío que encargar á alguien un asunto... difícil... le recomendaré á usted en seguida.

GIL. ¡Gracias mil, señora! Y á propósito, ¿cree usted que será hora de que vaya á ver á su señor tío?

SUS. Sí, vaya usted y vuelva pronto á darme la noticia de su nombramiento.

GIL. Y usted, señora, sea compasiva... no se olvide de que Anatolio la ama; de que Ernesto la adora...

SUS. Sin embargo, no puedo contentar á ambos.

GIL. Así á primera vista... parece difícil...

ESCENA III

GILBERTO, SUSANA, INÉS. Después ROSA

INÉS (Entra de prisa por el foro.) ¡Ah! ¿No estás sola? ¿Te molesto?

SUS. No, nada de eso...

GIL. Me estaba despidiendo. ¡Señora! (Saludando á Inés.)

SUS. ¡Hasta luego!

GIL. (Saludando á Susana.) ¡Señora!... (Vase foro.)

SUS. (A Inés.) Pero, mujer, ¿qué te pasa? Vienes pálida, agitada...

INÉS ¡Sí; me separo de mi marido!

SUS. ¿Cómo?

ROSA (Aparte.) ¡Otra que tal!... (Vase foro.)

ESCENA IV

SUSANA é INÉS

SUS. ¿Pero qué ocurre?

INÉS Nada, me marcho de mi casa.

SUS. ¿Abandonas tu hogar?

INÉS ¡Está bonito mi hogar! ¡Sin embargo, tú sabes lo que quiero á Roberto!... ¡Le adoro!... Pero hemos llegado á tal extremo que ya no es posible aguantar más. ¡Tú te has indignado porque tu marido se distrajo con Charito!... ¡Vaya una cosa!... ¿Qué debería entonces hacer yo? ¡Jesús!... ¡Qué hombre! ¡Qué hombre!

SUS. ¿Pero qué te ha hecho?

INÉS ¿Qué ha hecho? Todo cuanto se puede hacer. ¡Y no se para, cada día tiene un nuevo lío, un jaleo nuevo, que se apresura luego á contarme con toda tranquilidad!

SUS. ¿Tiene valor para contarte?...

INES Sí; pero de eso me tengo yo la culpa, porque se me ocurrió obligarle á que me jurase que me diría todo lo que hiciera, sin ocultarme nada... con esto pensé conseguir que se contuviera en sus devaneos, por no pasar por la vergüenza de tenérmelos que confesar. ¡Qué si quieres!... ¡Creo que es para él un incentivo más!... ¡Nada, te digo que es atroz!... ¡El lunes tuvo una cita con la señora de Dujardin!

SUS. ¡Con Angela!...

INÉS ¡Sí, con nuestra amiga Angela!... Ayer se fué á cenar con una actriz que se llama Petra Cassin... ¿A que no sabes dónde la conoció?... ¡En el Palacio de Justicia el día de la vista famosa!... ¡Acababan de condenarla por injuria á un funcionario público; no la vió más que un momento y le bastó! Parece que tiene unos ojos preciosos, verdes...

Verdes los tienen las náyades,
verdes los tuvo Minerva...

según me decía hace poco con una frescura inconcebible... Me cuenta sus conquistas como á un amigo... con una tranquilidad... y ya me enfadé, no aguanto más. Me he decidido de golpe, sin reflexionar... porque si me paro á reflexionar...

SUS. (Sonriendo.) No te decides nunca, si ya lo sé.

INÉS He tomado un coche y aquí me tienes... ¡No quiero vivir junto á ese hombre!...

SUS. Lo comprendo.

INÉS Así, que vengo á pedirte que me albergues por unos días, hasta que encuentre una casa en donde estar para esperar que se decrete mi divorcio...

ESCENA V

DICHAS y LEPAILLEUR

ROB. (Entra muy de prisa por el foro.) ¡Perdóneme usted, señora!... Le ruego que perdone esta entrada tan brusca... ¡Vengo á buscar á mi mujer!...

INÉS ¿A mí?... Tiene usted el atrevimiento de...

ROB. ¡Tengo el atrevimiento de venir en tu busca para llevarte á casa! ¡Estoy en mi derecho! ¡Hasta que se resuelva el divorcio!...

INÉS (Cogiendo las manos á Susana.) No salgo de aquí si no me sacan á la fuerza!... ¡Puede usted llamar á los guardias!...

ROB. (Sonriendo.) ¡No hace falta!...

SUS. ¡Por Dios!... ¡Un escándalo en mi casa!...

ROB. ¡No tenga usted cuidado, señora... No habrá escándalo alguno... Déjeme usted solo con ella cinco minutos y...

INÉS ¡No! ¡Susana, no, no me dejes sola!

SUS. ¡Vamos, mujer!... ¡ten calma!... (A Lepailleur.) ¡Solo cinco minutos!... (Vase por la primera derecha.)

ESCENA VI

LEPAILLEUR é INÉS

INÉS (A Lepailleur que se acerca á ella.) ¡No me toque usted!...

ROB. ¡Pues no faltaba más! ¡quiero demostrarte que haces muy desgraciado á tu pobrecito marido, que te adora y que no puede vivir sin tí!

INÉS (Estupefacta.) ¡No me queda más que oir!

ROB. Pero, ¿cómo?... ¿Tan atrasada vives que imaginas que un marido no quiere á su mujer porque la engaña?

INÉS ¡Sí, eso creo!

ROB. ¡Parece mentira! ¡Aquí tienen ustedes una mujer dotada de una inteligencia clarísima, qne cree semejantes disparates!.. ¡Pero, desgraciada! ¡Tú no sabes lo que es la vida!... ¡Vives en el limbo!... Amar, es preferir, y para preferir... hace falta comparar, y para comparar...

INÉS ¡No se acerque usted!

ROB. (Enfadado.) ¿Sabes lo que merecías? ¡Pues, merecías tener un marido fiel!

INÉS Y lo tendré, ¡ya lo verás!...

ROB. Te juro que te vas á divertir. ¡Pobre Inés!... ¡No sabes, no sospechas, no te puedes imaginar lo que es un marido fiel!... ¡Qué interesante sería examinar al microscopio el alma, el corazón de un marido de esta especie!... ¡Qué de deseos mal reprimidos, de recuerdos pecaminosos, de superposiciones de ternura! ¡Cuántas infidelidades de pensamiento se descubrirían al hacer este estudio! ¡Qué asco! ¡Compara esto con la rectitud, con la nobleza de un marido que engaña á su mujer lealmente, francamente, honradamente, con el solo objeto de desechar pronto una obsesión que se ha apoderado de su ánimo. (Movimiento de Inés.) ¡Esta es la verdad! ¡Porque tú no puedes impedir que los hombres estemos obsesionados de vez en cuando!... Pero alejada la idea que nos perturba, volvemos luego más amantes que nunca, después de haber adquirido una prueba de la superioridad de nuestra mujer sobre todas las demás. ¡Entonces si que podéis estar orgullosas del cariño que nos inspiráis; y cuando estrechamos entre nuestros brazos...

INÉS No, no me toques...

ROB. (Se marcha al extremo opuesto de la escena y va acercándose á Inés poco á poco.) á nuestra mujercita... puede estar segura de que su marido es suyo en cuerpo y alma, sin que exista

ningún pensamiento que pueda separarlos; y si la encuentra más hermosa que á todas sus rivales juntas, ¡cuán orgullosa debe estar! porque quien así lo reconoce y lo proclama, es un inteligente en la materia, que ha hecho sus estudios en los mejores textos! (Abrazándola.)

INÉS (Turbada.) ¡Roberto!

ROB. ¡Al menos, los hombres como yo saben querer!...

INÉS (Como diciéndoselo á sí misma.) ¡Eso es cierto!

ROB. ¡Atrévete á decir que no sé querer!

INÉS (Emocionada.) ¡Nunca he dicho tal!

ROB. ¡Y te volveré á engañar!... (Inés da un brinco; pero la detiene Lepailleur.) ¡Claro que sí!... ¿No te digo que estos escarceos son convenientes á la firmeza de nuestro amor?

INÉS (Con resignación.) ¡Entonces, Roberto, te lo ruego, que sea las menos veces posible!...

ROB. (En tono doctoral.) ¡Siempre que lo estime indispensable!

INÉS (Con dulzura.) Pero siquiera que no sea con una de mis amigas, como la señora de Dujardín.

ROB. La señora de Dujardín se jactaba de tener los pies más bonitos que tú.

INÉS (Indignada y mirándose los suyos.) ¡Oh! ¿Tú lo creiste?

ROB. Ni un minuto. (Con seriedad.) Pero merecía una lección... y ahora al vernos más unidos que nunca se convencerá de que no hay para mí más que mi Inés.

INÉS ¿Y esa actriz?

ROB. ¿Petra Cassin?

INÉS Sí...

ROB. Era indispensable. Tenía hace tres semanas la obsesión de sus ojos verdes...

INÉS ¿Porque te recordaban á Minerva y á las Náyades?...

ROB. Pero ya no pienso en ellos. ¡Los tuyos son más hermosos! (Volviendo á abrazarla.) ¡Te adoro!...

INÉS ¡Roberto mío!...

ESCENA VII

LEPAILLEUR, INÉS, SUSANA y RADIGUAIS

ERN. (Entra por el foro y Susana por la derecha cuando Lepailleur está abrazando á Inés.) ¡Oh!...

SUS. ¡Ah!...

ROB. ¡Señora, pedí á usted que me concediera cinco minutos... ¡Ya está todo arreglado!

INÉS ¡Tan seguro estaba del imperio que ejerce sobre mí!

ROB. No, de lo que estaba seguro era de tu bondad y de tu talento!

INÉS (A Susana.) ¿Cómo es posible que abandone yo á un marido como el mío?

ERN. (Aparte á Lepailleur.) ¡Es usted un genio!

ROB. (Con fatuidad.) ¡Se hace lo que se puede!

INÉS ¡Vamos! Susana, deberías reconciliarte con tu marido! Si examinásemos al microscopio el alma, el corazón de un marido fiel... ¡Qué pasiones tan repugnantes descubriríamos en ellos!...

SUS. ¿Qué dices?

INÉS Mientras que el que engaña á su mujer francamente, honradamente, lealmente... Pregúntale á Roberto

ROB. ¡Exacto! La indulgencia es la única verdad.

SUS. Agradezco á ustedes, amigos míos, sus excelentes consejos; pero sé lo que tengo que hacer...

ROB. ¡Dejémosles, Inés, solos están mejor!

INÉS ¡Hasta la vista, Susana! Ya sabes; amar es preferir, y para preferir, es menester comparar...

SUS. ¿De modo que volverá á engañarte?

INÉS ¡Seguramente... pero es indispensable para la firmeza de nuestro amor!

SUS. (Acompañando á Inés hasta la puerta.) ¡Pobre Inés!

ROB. (A Radiguais.) ¡Vamos, hombre, energía!... ¡Arranque!... ¡No se ande usted por las ramas!... ¡Las plazas se toman por asalto! (Sa-

ludando.) ¡Señora!... ¡Me han perdonado á mí y sin embargo lo merezco menos! (Vanse foro Inés y Lepailleur.)

ESCENA VIII

RADIGUAIS y SUSANA. Luego ROSA

ERN. De modo que eres inexorable... ¿Sigues enfadada?

SUS. ¡No, ya no lo estoy!

ERN. ¡Gracias á Dios! (Quiere abrazarla.)

SUS. (Rechazándole sin violencia.) ¡Vamos! ¡vamos!...

ERN. ¿Me rechazas?

SUS. Ya sabes que no soy libre, que desde ayer el señor Guillemard es mi prometido...

ERN. ¡Vaya una broma! ¿Te vas á casar con ese señor?

SUS. Sí...

ERN. ¿Un hombre á quien te has encontrado en la calle?...

SUS. En algún sitio me lo había de encontrar.

ERN. No consentiré que seas víctima de un aventurero... He adquirido informes de ese sujeto y son malísimos.

SUS. Pues los que á mí me han dado no pueden ser mejores.

ERN. Además no conoces su pasado, de dónde viene, quién es, su familia, qué es lo que ha hecho hasta ahora...

SUS. ¿Tú no lo sabías? Yo sí; sé eso y mucho más.

ERN. ¡Ah!

SUS. En nuestras conversaciones diarias he averiguado muchas cosas. El señor Guillemard es muy agradable, muy instruído; su posición en Túnez es excelente, es íntimo amigo del Bey. Aparte eso, me quiere, y á mí no me disgusta. Creo que será un buen marido.

ERN. (Con sequedad.) El señor Guillemard no te conviene bajo ningún aspecto, y no consentiré que hagas una locura.

SUS. Permíteme; esto á nadie le interesa más que á mí.

ERN. Mientras seas mi mujer...

SUS. Vamos á divorciarnos.

ERN. ¿De modo que no hay medio de convencerte?

SUS. Dentro de un rato voy á casa de mi procurador.

ERN. (Furioso) Está bien.

SUS. Recobro mi libertad y le devuelvo á usted (Subrayando.) la suya; quéjese usted... Podrá usted casarse con Paulina.

ERN. ¡Bastante me importa á mí Paulina! No la quiero, ni quiero á nadie más que á tí, á tí sola, Susana, y suceda lo que quiera, no serás de nadie más que mía, auque tuviera que... (Entra Rosa por el foro con un magnífico ramo de flores.)

ROSA (A Susana) Traen este ramo para la señora. (Movimiento de Radiguais. Susana coge el ramo.)

ERN. Está bien. (Vase Rosa foro.) ¿Quién te envía esas flores?

SUS. (Sacando una tarjeta del ramo.) Anatolio Guillemard. Es el primer obsequio que me hace desde que le dí mi palabra.

ERN. Yo me encargo de devolverle esa palabra y de que no vuelva por aquí. ¡Si viene, le echo!

SUS. (Amenazando.) ¡Entonces yo seré quién vaya á verle!

ERN. ¿Tú?

SUS. No pudiendo recibir en mi casa á quien me plazca, no tengo para qué guardar consideraciones. (Entra Rosa por el foro.)

ROSA ¡El señor Guillemard!

SUS. Dígale que entre en cuanto yo le avise á usted. (Vase Rosa foro.)

ERN. ¡El!... ¿Y se atreve?...

SUS. Déjenos usted solos.

ERN. ¡No!

SUS. Tenemos que hablar de cosas que no le pueden interesar... su presencia sería molesta y nada correcta...

ERN. ¡Ea, que no me muevo de aquí!

SUS. Entonces me marcho yo. (Se dirige á la puerta del foro.)

ERN. ¡Susana!

SUS. ¡Resuelva usted!

ERN. Sea. La dejo á usted. (Vase furioso por la segunda derecha, y al pasar tira al suelo el ramo de flores y lo pisotea. Susana va hacia la puerta por donde ha salido su marido, la cierra con llave, y se guarda ésta en el bolsillo, poniéndose luego á mirar por la cerradura.)

SUS. Se pasea furioso de un lado á otro; da puñetazos en la mesa... Está hecho una hidra. (Riéndose.) ¡Ya te enseñaré yo á engañar á tu mujer! (Recoge el ramo del suelo.) ¡Pobre ramo! ¡Cómo lo ha puesto! (Lo arreglа un poco y lo pone otra vez en su sitio.) ¡Vamos ahora con el otro, con el bombero! (Llama al timbre, y en seguida entra Anatolio por el foro.)

ESCENA IX

SUSANA y ANATOLIO

ANAT. ¡Señora! ¡Susana!

SUS. (Muy agitada y nerviosa.) ¡Chist!

ANAT. ¿Qué?

SUS. Más bajo.

ANAT. ¿No estamos solos?

SUS. Mire usted por el balcón; separe usted los visillos con mucho cuidado para quo no lo noten, y observe usted atentamente la calle. (Anatolio hace todo lo que Susana le indica; mientras tanto ella va á la puerta del foro, la cierra con llave, y se mete ésta en el bolsillo, diciendo aparte:) ¡Y van dos!

ANAT. Ya miro.

SUS. (En tono dramático.) ¿No ve usted dos hombres en la acera de enfrente?

ANAT. No; dos perros. (Viene hacia Susana.) ¿Qué pasa?

SUS. Lo sé todo, caballero. Usted me ha engañado.

ANAT. ¿Yo?

SUS. ¿Es usted amigo de mi marido?

ANAT. ¡Señora, juro á usted!

SUS. Esto se ventilará más adelante. Vamos ahora á lo que importa.

ANAT. ¿A lo que importa?

SUS. ¿Sabe usted por qué ha inventado mi marido esta trama en la que usted ha representado un papel tan... cándido?

ANAT. ¡Pero!...

SUS. Para comprometerme irremisiblemente.

ANAT. ¡Tendría que ver!...

SUS. Su propósito consiste en sorprendernos aquí á los dos juntos.

ANAT. No puede ser.

SUS. Y obligarme así, ante el temor de un divorcio escandaloso, á que permanezca con él...

ANAT. Le aseguro á usted, señora, que usted sueña... Es imposible que Ernesto, cuya inventiva...

SUS. ¿Duda usted?

ANAT. ¡Sería una acción tan baja!... ¡Engañarme así!... ¡A un antiguo amigo!...

SUS. Hace un momento, y por casualidad, me he enterado de todo. Mi marido se ha burlado de usted y de mí; no respeta el amor ni la amistad.

ANAT. Vamos, no lo puedo creer...

SUS. Cuando llegó usted le iba á telefonear que no viniese á verme, para evitar que se metiera en la boca del lobo y cayera en la trampa preparada.

ANAT. (Con temor.) ¿La trampa? Pero, ¿qué ocurre? Dígamelo usted.

SUS. ¡Chist! (Escuchando.) ¡Han abierto la puerta de la escalera... andan en la antesala!

ANAT. ¿Pero quién? ¿quién?

SUS. ¡Ernesto! Ahí está, con sus testigos, esperando la ocasión propicia para sorprendernos... Sabe que usted me quiere... ¿Usted se lo ha dicho?

ANAT. Sí; creí que era deber mío...

SUS. ¡Imprudente! Nos observa... Acecha el momento en que usted, extraviado por la pasión, caerá de rodillas ante mí..

ANAT. ¡Ahora lo veremos! (Se dirige á la puerta del for

y la quiere abrir, encontrándola cerrada.) ¡Está cerrada!

SUS. (Con terror.) ¿Ve usted si tenía razón?... ¡Dios mío!... ¿Qué va á suceder aquí?

ANAT. ¡¡Miserable!! (Va hacia la segunda puerta derecha.) ¡Está cerrada!... ¡Oh!...

SUS. ¡Estamos perdidos! (Se deja caer sobre el sofá.)

ANAT. ¡Dejarme pescar así como un tonto!... ¿Y qué hacer?

SUS. No hablemos; las palabras más inocentes pueden ser mal interpretadas.

ANAT. Sí, tiene usted razón, callémonos. (Pausa corta.) No, no, este silencio puede también parecer sospechoso... ¡Ah! Hagamos un poco de música. (Coge el violoncello.)

SUS. (Con voz trémula.) Sí, es una excelente idea.

ANAT. Así no podrán creer... (Hace sonar el violoncello.) Ande usted, póngase al piano.

SUS. ¡No me es posible!

ANAT. Vamos, tenga usted ánimo... (Toca el violoncello.) ¡Un solo de violoncello no es verosímil! Haga usted un esfuerzo, Susana, se lo suplico.

SUS. ¡Ah!... ¡Me ahogo!

ANAT. ¡Cómo!...

SUS. ¡Me siento mal! (Se desabrocha el cuello del vestido.)

ANAT. ¡Susana, por Dios! ¡qué van á decir!

SUS. (Se despeina.) ¡Qué malestar tan grande!... ¡Dios mío! (Se desabrocha algún botón del cuerpo.)

ANAT. ¡Se pone mala! ¿Qué hacer?... ¡Si entran y la ven en ese estado!... ¡Qué compromiso!...

SUS. (Gritando.) ¡Socorro! ¡Socorro!

ANAT. ¡Señora, por Dios! ¡No grite usted!

SUS. (Gritando más.) ¡Auxilio! ¡Socorro!

ANAT. ¡Vaya un conflicto!

SUS. (Aparte.) ¿No estará en el despacho?

ANAT. (Buscando.) ¡Si siquiera tuviese un vaso de agua!

SUS. (Gritando aún más fuerte.) No, no me toque usted. ¡Socorro! ¡Socorro!

ESCENA X

SUSANA, ANATOLIO y RADIGUAIS. Radiguais dentro, en la puerta segunda derecha

ERN. ¡Susana! ¿Qué te pasa?

SUS. (Aparte.) ¡Gracias á Dios! (Alto.) ¡Socorro!

ANAT. ¡Estoy fresco!

ERN. (Sacudiendo la puerta, queriendo entrar.) ¡Cerrada! ¿Quién ha cerrado esta puerta?

ANAT. ¡Y el miserable lo pregunta?

ERN. (Siempre sacudiendo la puerta.) ¡Infame! ¿Abrirás al fin? (Deja de sacudir la puerta.)

ANAT. (Corre hacia esa puerta, gritando.) ¡Si eres tú quien la ha cerrado, bandido!

SUS. (Aparte.) ¡Esto marcha!

ANAT. ¿No contestas, canalla?

ERN. (Sacudiendo por dentro la puerta del foro.) ¡También está cerrada! ¡Cerrada!

ANAT. (Corre á la puerta del foro.) ¿Estás ahí? ¡Asesino! ¡Tú nos has encerrado! (Susana se reclina con abandono en el sofá.) ¡Te aguardo á tí y á tus espías! ¡No tengo miedo!

ERN. (Entra como una bomba por la puerta primera derecha.) ¡Por fin!

ANAT. (Volviéndose hacia él.) ¿Ya estás aquí?

ERN. (Reparando en la actitud de Susana.) ¡Oh!

ANAT. (Furioso.) ¡Lo que usted hace es indigno!

ERN. (Furioso.) ¿Y cómo calificar lo que usted ha hecho?

ANAT. ¡Armarnos una celada de esta naturaleza!

ERN. ¡Una celada!

ANAT. ¿Y los testigos? ¿Dónde están los testigos?

ERN. ¡Mañana los recibirá usted! Le voy á matar.

ANAT. ¡Yo también le mataré á usted!

ERN. ¡Devuélvame usted las llaves!

ANAT. ¿Cómo?

ERN. ¡Las llaves de las dos puertas! (Se dirige á Susana.)

ANAT. (Aparte.) ¿Se ha vuelto loco?

ERN. (A Susana.) ¿Y usted, señora?... ¡Ese traje!... (Con rabia.) ¿Qué ha ocurrido aquí? (La obliga á levantarse.) ¡Habla!... ¡Pero habla!... Tus gritos, tus llamadas me prueban... (Susana baja la cabeza en actitud de abatimiento y deja caer los brazos como confesando una falta cometida.)

ANAT. (Aparte.) ¡Entonces, no es él quien ha cerrado la puerta!

SUS. Ernesto, mi falta es igual á la tuya.

ANAT. (Aparte.) ¿Qué dice?

SUS. Quizás sea aún más culpable que tú.

ANAT. (Aparte.) ¡Esta mujer está loca!

ERN. (Con voz sorda.) ¡Cállate! ¡Cállate!

SUS. Tú decidirás si el perdón mutuo...

ERN. ¡Jamás! ¡Vete, vete! (Se precipita sobre Anatolio y le coge por la garganta.) ¡Y tú, miserable!...

ANAT. ¡Que me ahogas! ¡Bárbaro!

ERN. (Sacudiéndole.) ¡Infame! ¡Canalla!

ANAT. ¡Quita, hombre! ¡No seas bruto! ¡Si se está burlando de nosotros!... ¡Mírala!... ¡mírala! (Le indica á Susana que se echa á reir.)

ERN. ¡Susana!

SUS. (Riendo.) ¡Aquí están las llaves! (Las enseña riendo.)

ANAT. ¿Entonces las puertas?...

SUS. ¡Yo las cerré!

ERN. ¿Y tus gritos?

SUS. Pero, ¿qué se figuraban ustedes? Se han juntado ustedes dos hombres para burlarse de una pobre mujer... ¿Qué les ha parecido mi respuesta?

ANAT. No ha estado mal la broma. (Se oyen voces que gritan en la puerta del foro: «¡Abran ustedes!» «¡Abran pronto!»)

SUS. ¿Qué es eso?

ANAT. ¡La llave!

ERN. ¡Dame la llave!

SUS. ¡Sí! ¡Toma! (Da la llave á Radiguais, que abre la puerta del foro. Entran Rosa é Inés; queda la puerta abierta.)

ESCENA ÚLTIMA

RADIGUAIS, ANATOLIO, SUSANA, ROSA, INÉS y LEPAILLEUR. Éste y Rosa entran sosteniendo á VIRGINIA; luego GILBERTO

ROSA ¡Pronto, una silla!
INÉS ¡Agua, vinagre!
ERN. ¿Qué pasa?
ROSA ¡Se ha puesto mala!
ERN. ¿Pero quién?
ROSA ¡La vieja!
INÉS ¡Virginia!
ERN. ¡Dios mío!
ANAT. ¡Pobre mujer!
SUS. ¿Qué le ocurre á usted, amiga mía?... (Ayudan á sentar á Virginia; Susana y Rosa la prodigan sus cuidados.)
INÉS Volvíamos Roberto y yo...
ROB. Y la hemos encontrado desmayada dentro del ascensor.
SUS. (A Rosa.) ¡Traiga usted azahar (A Virginia.) ¿Está usted mejor? (Vase Rosa por la derecha.)
L. VIR. ¡Sí, gracias! ¡Ah, si supiera usted lo que me pasa! ¡Mi marido!
SUS. ¿Se ha muerto?
L. VIR. ¡Peor que eso!
SUS. ¿Cómo?
L. VIR. ¡Se ha escapado!
SUS. ¡Tan pronto!
L. VIR. ¡Con una mujer!
ROB. (Bajo á Radiguais.) ¡No es tonto ese señor!
INÉS ¡Pero si hace cuatro días que se había reunido con usted!
L. VIR. Se ha fugado á Bruselas llevándose mis ahorros. ¡Sesenta mil francos!
ERN. ¡Demonio!
L. VIR. ¡Que se ha ido á gastar con su amante! Me ha dejado esta carta. (Saca del bolsillo un papel y lo lee.) «Mi querida Virginia; no merezco la felicidad que me ofreces tan generosamente: tu persona y tu fortuna; acepto tan solo tu

fortuna. Adiós, tuyo hasta la muerte, Teodoro.»

INÉS (Riéndose.) ¡Já, já!

L. VIR. ¡Bandido! (Entra Gilberto por el foro.)

GIL. (A Susana.) ¡Señora! He visto á su tío que ha estado cariñosísimo conmigo. ¡Tengo ya el nombramiento para Madrid!

SUS. ¡Mi enhorabuena!

ERN. (Rn tono de amenaza) ¡Tú aquí!

ANAT. (En el mismo tono) ¡Traidor!

GIL. Sí, señores...

ERN. Has hecho muy bien. (Se dan la mano.)

L. VIR. (A Susana.) Mi querida cliente, mírese usted en mi espejo... ¡No vacile usted más! ¡Divórciese, divórciese usted en seguida!

SUS. ¡Ya no es tiempo!

ERN. Mi mujer me perdona!

L. VIR. ¡Hace mal!

ROB. ¡No!... ¡Hace muy bien! ¡Indulto general! (Telón.)

FIN DEL JUGUETE

Queda prohibida la venta al público de los ejemplares de esta obra, que están exclusivamente destinados al servicio de las empresas teatrales.